

Ajustes de cuentas del blog *El héroe insuficiente*

Sumario

Cadena de custodias.....	2
Yo pisaré las calles nuevamente.....	6
Por amor a los pobres.....	7
Danza Fantasma.....	10
Un tenorio para Corín.....	15
Cuéntame versión 2.0.....	19
La hoz.....	22
La pluma blanca.....	26
Secretaria.....	29
¡John Moore, Presente!.....	34
La huelga.....	36

Cadena de custodias

Un cocker echado sobre un puff. Desde su mullida atalaya, vigila a una mujer cuarentona que pasea de lado a lado gesticulando con una mano y la otra pegada a la oreja. Viste de calle, pero calza zapatillas de casa.

— ¿Pablo? Oye, que voy con retraso. Calculo que llegaré para las diez.

— ...

— Enséñales la fábrica. Cualquier cosa que me dé tiempo a llegar.

— ...

— Tú entreténme a éstos y recuerda: ni se te ocurra entrar en materia hasta que yo haya llegado.

— ...

— Venga, hastalué.

La mujer sale del salón. El cocker salta del puff, la sigue por el pasillo. La mujer aporrea en una puerta.

— ¿Papá?

Entra, el perro en sus talones. En la cama, un anciano consumido. Gira la cabeza. El perro se acerca, planta dos patas y asoma el hocico y las orejas por el borde de la cama. El hombre sonrío, la mujer no.

— Quita —la mujer da un manotazo al perro—. Papá.

— Papá —repite, levanta la voz y silabea— Car-men-ven-drá-en-se-gui-da.

El anciano asiente.

— Me tengo que ir. Llego tarde.

El anciano levanta una mano, despacio.

— Quiero ir.

— ¿Al baño?

Y sin esperar respuesta la mujer empuja al perro con el pie y en un santiamén destapa al anciano, lo incorpora, le saca los pies fuera de la cama, le calza las zapatillas y lo pone tieso. Despacio, van dando pasitos, cogidos el uno del otro en un tango espasmódico. El perro zigzaguea detrás, a un lado, al otro.

Entran al baño.

— ¡No! —el perro se inmoviliza— ¡Fuera! —el perro retrocede dos semipasos de sus cuatro patas y se queda en el umbral, mirando.

La mujer tironea hacia abajo del pantalón del pijama. Deja al anciano sentado en la taza. Sale al pasillo. Entorna la puerta. Coge el teléfono. Antes de marcar se inspecciona las mangas, la blusa, la falda.

— Juan.

— ...

— Fatal, Carmen no ha aparecido todavía. ¿Qué tal las niñas?

— ...

— Cabronas. Solo pasa contigo, a mí no me lo hacen. Ya les ajustaré cuentas esta noche. Y tú, también, vaya padrazo, no me sirves más que para hacerme hijos, y ya ni...

El perro arranca ladrando hacia la puerta de la casa.

— Oye, ya está aquí. Un beso.

La cerradura chasquea. El perro enmudece, se inmoviliza. Se abre la puerta. Entra Carmen. Morena, gordita, de pelo azabache y ojos achinados.

— Hoooola Dioscórides —el perro salta y caracolea—. Vaaaale —y girando la cabeza—. Buenos días, señora Cristina. Disculpe mi retraso, el colectivo se dsañó en Manuel Becerra y quedó echando humo y los pasajeros en tierra.

— Tenías que haber cogido un taxi, Carmen. No puedes hacerme llegar tarde al trabajo.

— Sí, señora.

— Sí señora no va a hacer que ya no llegue tarde. Tenías que haber cogido un taxi. Papá está en el baño. Atiéndelo. Voy a calzarme.

Carmen se encamina a la cocina. Deja una bolsa sobre una silla. Dioscórides la olfatea, luego sigue a Carmen hasta el baño.

— Buenos días, señor Arturo.

Arturo asiente con la cabeza y hace intento de levantarse. Carmen se le acerca.

— ¿Qué tal ha dormido? ¿Bien?

— Diremos que bien —con voz que quiere ser firme. Y en voz que quiere ser más baja añade— Está enfadada.

— Con razón, me retrasé mucho ¿sabe?

— ¿Para qué tanta prisa?

— Su hija trabaja mucho, es una persona importante.

— Se ha de morir igual.

— No diga usted eso. ¿Pis o caca? ¿Qué hizo?

— No lo sé.

— A ver... Nada. Venga, vamos a desayunar. Tendrá usted ganas.

Arturo asiente.

— Él también —señala al perro.

— Él siempre, ¿verdad Dioscórides? ¿Cómo le pusieron ese nombre al perro?

Arturo sonrío. Es más alto y se apoya en Carmen con comodidad. El perro los sigue por el pasillo. Cristina se cruza con ellos con un respingo impaciente, entra al baño, cierra la puerta. Suena un móvil. Carmen lo coge de su bolsillo derecho con la mano izquierda.

— Te llaman —dice Arturo.

— Qué número más raro —lo guarda. El teléfono sigue sonando.

— ¿No coges?

— Ahora. Siéntese primero.

La mesa deja un pasillo con la encimera y los armarios. El anciano se sienta en el lado opuesto a la puerta, junto a un ventanal por el que casi entra sol. El perro se pone a su lado. Carmen saca el móvil, que enmudece sin darle tiempo a pasar el dedo.

— Tarde —dice Arturo.

— Que hubiera esperado. No sé quién era. Un número muy largo.

El perro sigue los desplazamientos de Carmen con la cabeza. Armario alto: taza, azúcar, cafetera, café. Frigorífico: leche, mantequilla, mermelada. Armario bajo: pan, una magdalena. Cajón: cucharas, cuchillo pala, cuchillo de filo. Pone la cafetera al fuego. Echa la leche en la taza. Deja el azúcar en la mesa. Pregunta:

— ¿Una tostada o dos?

Arturo levanta una mano y enseña dos dedos. Carmen corta dos rebanadas de pan y las pone en la tostadora.

— Pero no me engañe. Ayer le dio una al perro. El perro tiene su comida y se la daremos cuando usted haya acabado de desayunar. Que si no le entrarán las urgencias y querrá hacer en el —(suena el teléfono)—... ascensor.

Carmen mira el número. Duda. Descuelga.

— Aló.

— ...

— Sí, soy yo

— ...

Cristina se asoma a la cocina. Se acerca a su padre. Le da un beso en la mejilla. Mira a Carmen. Le hace un gesto con la mano. Carmen le responde y responde al teléfono.

— Sí, yo soy, Carmen Patricia Burguan Yépez.

— ...

Cristina sale al pasillo.

— ¿Mi niñito en la calle? ¿No estaba Jessica con él?

— ...

Cristina se queda junto al perchero, en escorzo frente al espejo.

— Mire usted, señor, no sé cómo ha salido el niñito, solo tiene tres años y no llega ni al pestillo. Jessica cuida de él y ahora a las 9 lo lleva a la guardería y ella se va al colegio, que está al lado.

— ...

— Pero es que se habrá quedado el pestillo sin echar y el niñito habrá salido detrás mío...

— ...

— Señor, por muy policía que usted sea, yo soy su madre y le digo que mi niña tiene ya para doce años y es muy responsable y cuida del niñito como yo o mejor.

— ...

Cristina amortigua los pasos hasta la puerta del piso.

— Ay señor, no puedo —Carmen mira hacia el pasillo— No señor, no puedo. Hasta las ocho no puedo irme de aquí—Carmen mira hacia el pasillo.

— ...

— Deje usted que mi Jessica lleve al niño a la guardería...

— ...

— No me van a quitar a los niños. Son mis niños, me los dio Dios. No me van a quitar a mis niños.

Dioscórides y Arturo miran fijamente a Carmen. Las tostadas humean. La cafetera solloza y salpica la vitro con lágrimas negras, hirvientes. Al otro lado del pasillo, la puerta hace clic, muy suave.

Yo pisaré las calles nuevamente

El agua me escupe, me vomita. Mi cuerpo quebrado y descoyuntado se recompone al salir a la superficie. Dejo atrás las salpicaduras, la espuma de mi muerte, y asciendo durante un minuto y diecisiete segundos hasta encontrarme tres mil metros más arriba con el Skyvan, gordo abejorro, polinizador letal, que viene hacia atrás recogiendo trece cuerpos adormilados regurgitados por el mar. En la panza, junto a la cola, se abre la portezuela y entramos de a uno, en suave parábola que nos deja en manos que nos aferran, que nos arrastran lejos del portón, que nos visten con ropas de tela y grilletes. El médico sale de la cabina de vuelo, donde se esconde de su juramento hipocrático, y nos pincha uno por uno. La jeringuilla succiona la última dosis de pentonaval. Nos entra la niebla, la vaga conciencia del ruido, del extravío. Mientras, el avión alcanza la costa y enfila hacia Aeroparque y toca el cemento de la pista y se para.

Dos muletas vivas, samaritanos del infierno, nos sacan del avión por cada hombro y nos llevan arrastrando los pies hasta el camión verde militar. Descorren el toldo de lona y desde arriba cuatro brazos como polipastos animados jalan de nuestros cuerpos mientras desde abajo otros brazos nos alivian del peso.

El camión da marcha atrás en primera, segunda, tercera, cuarta y quinta hasta que reduce y frena por fin en el recinto de la Escuela. Nuevamente polipastos y muletas nos conducen a la sala. El médico nos vuelve a pinchar y nos saca ya del cuerpo la primera dosis de pentotal naval. Estamos en la sala que siempre hemos percibido a través de la capucha, y comprendo las palabras que todavía no se han dicho acerca de que nos van a vacunar para trasladarnos a un campo de rehabilitación, a una granja de trabajo en el sur. No sé si creer a mis deseos de escapar de aquí o a la certeza de que nunca nunca saldremos con vida.

Y una vez desdichas y desoídas las palabras, me pregunto por qué estamos juntos y descapuchados. Nunca ha ocurrido. Nos ponen las caperuzas, desandamos hasta la Capucha y me tumbo en la cucheta a esperar el paso de las semanas, llamando cada poco para hacer mis necesidades, arrastrando los grilletes, comiendo por debajo de la capucha, subiendo y bajando a los interrogatorios con la capucha. Siento mi cuerpo desnudo sobre el catre de hierro. Siento la laucha que deja de garrear y morder en mi vientre y se va. Siento la quemazón esperada, temida, pero imprevista, en qué pecho, en qué parte de la entrepierna, en qué encías, un dolor tan poderoso que afloja y enciende las luces del techo.

Un día me levantan del catre. Me ponen a tirones las bombachas, la tetera, la pollera, el saco, un trapo en la boca. Me arrastran y me chupan al suelo del Ford Falcon. Me pisan cuatro botas. El carro se mueve, no sé por dónde ni adónde. El tiempo pasa, no se acaba nunca, hasta que llegamos a mi calle, a la puerta donde vivo. Me quitan el trapo de la boca, me despachan entre cuatro de un empujón a la calle. Allí está Raúl. Se levanta del suelo, su ropa se alisa y cuatro agujeros en su espalda chupan su sangre y se cierran impolutos. Se oyen petardos. Raúl viene corriendo hacia mí, de espaldas, poco antes de que otras manos como garfios coloquen a Raulito en mis brazos y el niño deje de llorar. El Falcon se va marcha atrás chillando los neumáticos, y Raúl y yo, con el niño, desandamos a casa de la abuela como todos los días, por las calles tranquilas de mi barrio.

Por amor a los pobres

ELLA: ¿Me juzgas?

ÉL: ¿Juzgarte? ¿Por qué?

ELLA: Te llevo ¿cuántos? ¿quince? ¿veinte años? Tengo tres hijos. Soy una mujer casada...

ÉL: ... con un amigo mio, sí. No me hace feliz recordarlo.

ELLA: Y aquí estoy, metida en la cama contigo.

ÉL: ¿No me tendría que juzgar también yo?

ELLA: Es distinto. No estás casado. Y además, los hombres...

ÉL: Se nos perdona todo, Carmen, por favor!. Si te juzgara mal esto no habría ocurrido entre nosotros. No te atormentes.

ELLA: Bueno... ¿Ni siquiera quieres saber por qué he llegado hasta aquí?

ÉL: El deseo no se explica. Está ahí.

ELLA: El deseo ... Sí, al final todo se reduce a eso, pero ¿no te parece que yo debería explicar por qué le hago ésto a Paco?

ÉL: Carmen, no te juzgo. Y si te juzgara, dudo que encontrara causa para condenarte.

ELLA: ¿No te interesan mis cosas?

ÉL: Sí, claro que me interesa todo lo tuyo. Me interesas tú. Me pareces hermosa y...

ELLA: Dos mentiras seguidas, aunque sean piadosas, ya vale. Mira, yo no tengo tus estudios, pero sé apreciar cuando un hombre tiene atractivo y las chicas se fijan en él. Tú eres de éstos. ¿Cuánto tardará en aparecer en tu vida una chica más joven que yo, más guapa que yo y más culta que yo? Mañana me saludarás con amabilidad, espero que sin despreciarme, y punto. Esto para ti ha sido un ... aquí te pillo, aquí te mato.

ÉL: No, Carmen. Ha sido raro que tú y yo nos hayamos encontrado. Y de verdad, sí, tengo interés en saber por qué ha ocurrido. Supongo que en tu vida hay algo que no funciona. Pero no quiero escuchar algo que tú, quizás, te arrepientas luego de haberme confiado.

ELLA: ¡Desde luego, cómo sois los intelectuales!

ÉL: Deja ya esa muletilla. Sabes que hace tiempo que acabé de estudiar. Nunca dejaréis de meteros conmigo porque no nací obrero.

ELLA: Habrás dejado de estudiar, pero te comportas como Paco decía de los “intelectuales”: soltáis frases rimbombantes, pero no veis la realidad. Aunque Paco tampoco se imaginaría ésta: que tengas tu mano entre mis piernas y me digas que me lo piense antes de hacerte una confidencia. ¿Crees que me puedo avergonzar aún de algo mayor que ésto? Una se abre de piernas y ...¡Ojalá mis hijos nunca lleguen a saber esto, Dios mío!

ÉL: Venga, tontuela, no llores. Tienes toda la razón. Por eso ha pasado lo que ha pasado, porque siempre me has parecido una mujer muy inteligente.

ELLA: ¿Te acuerdas cuando nos conocimos?

ÉL: Hace seis años

ELLA: Tú tenías...

ÉL: Dieciocho

ELLA: Viniste a mi casa. Había reunión de célula.

ÉL: No, fue algunas semanas antes. Una charla de captación en la Iglesia del Salvador, en la vieja escuela parroquial. La daba Paco. Y al salir, tú estabas esperándole con los críos. Me fijé en ti.

ELLA: No me acuerdo de eso. Estaría embarazada del pequeño. Recuerdo cuando empezaste a venir por casa, a las reuniones. Yo me tenía que meter en la cocina con los críos para no molestarlos. O irme a casa de mi madre. Pero luego, cuando volvía, nadie había vaciado los ceniceros ni ...

ÉL: Es verdad. Mucho hablar de la explotación de la clase obrera ...

ELLA: ... y nadie se acuerda de la mujer. ¿Sabes?, me alegré cuando la vecina largó a la policía que aquí venía mucha gente y se tuvieron que dejar de hacer las reuniones. Pero sí, me fijé en ti desde el principio. Más de una vez me ayudaste a recoger las sillas. Y eras amable con los críos. Jugabas con ellos al entrar y al salir.

ÉL: Todos los que veníamos teníamos alguna palabra amable con ellos.

ELLA: Una madre sabe cuando a sus hijos se les dice un cumplido o una palabra sincera. Todos no. Tú sí. Más que su padre, mira lo que te digo.

ÉL: ¿Paco? Siempre me pareció cariñoso con ellos.

ELLA: Sí. Cuando estaba con ellos. Pero ¿cuándo estaba con ellos? Y luego, bueno, nadie sabe lo que lloré cuando Paco se enfrentó a su hermano.

ÉL: Pues aquello fue un ejemplo. Nos impresionó a todos.

ELLA: ¿Denunciar a tu hermano? Vinieron los inspectores a la fábrica, le pusieron una multa y luego, todo igual. Pero el disgusto en la familia, ¿quien lo arregla?

ÉL: Ya sabes...

ELLA: Ya—lo—sé: el que ama a su familia más que a mí, no es digno de mí. ¿Te crees que no me sé toda esa monserga?. Yo también he ido a cursillos, he estudiado el Evangelio, hice el Plan Cíclico. Pero no por amor a Jesús ni a la clase obrera. Por amor a él, que era el padre de mis hijos.

ÉL: Nunca ninguno de nosotros imaginó ...

ELLA: ... ¿que yo, la esposa del responsable, del que os daba ejemplo de militancia y de vida cristiana, no estaba de acuerdo con lo que hacía mi marido? Esa es mi culpa, no haberlo sabido entonces. Yo aceptaba todo lo que él hacía. Creía en él. Lloré, pero no rechisté cuando él pasó de tener un trabajo seguro en la empresa de su hermano, cómodo, en la oficina, a andar de obra en obra, de peón. ¿Tú sabes cómo llegó a casa el primer día que trabajó en la construcción? Paco no había trabajado nunca con sus manos. A la tarde, había llegado un camión de cemento. A los pocos sacos, los brazos se le quedaron insensibles, muertos, caídos, ni para arriba ni para abajo. Y los compañeros le escondieron, para que el encargado no lo viera parado, y se repartieron su carga entre todos.

ÉL: Aquella anécdota se la oí contar. Un ejemplo de solidaridad entre los pobres. Paco sacaba fuerzas y ejemplos de todas las miserias que vivía en las fábricas y los tajos.

ELLA: La contó, claro. Ufano. Se acostumbró a deslomarse. Le gustaba mirarse las manos encallecidas. A más callos, menos caricias, ¿sabes? Tampoco es que él fuera especialmente.... Me avergüenza decirlo. Toda mi vida después de hoy, cuando me encuentre contigo, me avergonzará recordar que te lo he dicho: nunca he ... sentido como este momento contigo. No imaginaba que pudiera ser así.

ÉL: Carmen, no quiero que nunca te avergüences de ésto. Ni que mires resentida al pasado. Todos, él, yo y todos los demás, estábamos entregados en cuerpo y alma a la causa.

ELLA: ¡La revolución de Cristo, el Reino de Dios en la tierra! Ja. Unos más que otros. Si él se hubiera quedado ahí, en peón de albañil, yo le hubiera perdonado hasta la zozobra de esperar en cualquier momento el timbrado de la policía de madrugada, la humillación de que registren tu casa y tú en camisón, con los hijos asustados cogidos a ti. Y luego tener que ir a la mañana a comisaría a preguntar por él, y atormentarte con lo que le estarían haciendo. Me hubiera conformado con eso, pero tuvo que irse a Madrid aquel año.

ÉL: ÉL famoso curso en la ZYX.

ELLA: Y la chabola en el Pozo del Tío Raimundo. Me tuve que poner a trabajar, sola y con tres hijos, porque el sueldo de liberado no llegaba. Que él quisiera ser el más pobre entre los pobres, vale. ¿Pero qué culpa tenían los niños? ¿Y yo? ¿Acaso yo no soy pobre, acaso yo no necesito una caricia, una cama caliente, una palabra amable?

ÉL: ¿Por qué no rompiste con él entonces? ¿Lo vas a hacer ahora que todo se ha acabado, que la vida vuelve a ser normal?

ELLA: Porque entonces todos vosotros me hubierais mirado como una renegada burguesa que traicionaba al mejor de vosotros. Ahora, muerto Franco, se acabó la rabia. Se desinfló todo, la revolución, la militancia, la clase obrera. Todo se acabó. Sólo quedan nuestras vidas.

ÉL: Sí. Nadie se imaginaba que ésto acabaría así, con los trepas, los que nadaban y guardaban la ropa, de diputados y concejales. Y el año que viene, ministros.

ELLA: No sé. Igual tiene que ser así, que manden los que saben, la gente práctica. Porque ¿sabes qué te digo? Que si vosotros, con vuestra revolución, hubierais triunfado con vuestros proyectos, vivir con vosotros sería irrespirable. Vuestro Reino de Dios en la tierra sería un infierno.

ÉL: No llores, Carmen. Por favor, no llores.

ÉL: ¿Te molesta mi mano? ¿te irrito?

ELLA: No, por favor. Déjala. Nunca había sentido algo así. Dame un beso.

Danza Fantasma

Ningún otro hombre como Buffalo Bill me había producido nunca una impresión tan clara de que uno acaba por llegar a ser lo que se cuenta de él, la farsa que representa con la complicidad del mundo. Cuando leí en los pasquines el título de Coronel, supuse que algún escritor o periodista se habría tomado la licencia de concederle ese rango militar. Que yo supiera, en los quince años transcurridos desde nuestro primer encuentro, Bufalo Bill se había dedicado por entero a su circo, quizás lo único que quedaba ya del antiguo, lejano, salvaje oeste. Pero quién era yo para poner en duda los méritos de nadie. Por eso, cuando entré a saludarlo, pregunté por el coronel Cody.

Aquellos días, en Londres, dudábamos de que existiera un sol. Usted, le dije, trae a nuestras ciudades ordenancistas y sucias de humo el aire libre de las praderas. Me agradeció el cumplido e hizo como que me recordaba.

Su atuendo era sobrio, como si se hubiera agrisado a la par que su pelo. Nada quedaba de la casaca roja de antaño, ni de los pantalones de fieltro negro bordado en rojo con campanillas de plata y adornos multicolores. Hace años, muchos años, un empresario teatral del Este había diseñado aquel atuendo fantástico. Cody, después de vestirlo por los escenarios durante una temporada completa, lo hizo real volviéndose a enrolar de esa guisa con su regimiento de siempre, el quinto de caballería. Fue una apuesta contra el escepticismo de unos espectadores burlones.

En su vaivén desde el teatro de mentira al de verdad, Cody fue más afortunado que aquel otro personaje del salvaje Oeste, el ditirámico Custer. Unos días después del desastre que inmortalizó al séptimo de caballería, el quinto de Cody sorprendió a una partida de sioux. Uno de ellos debió a ese encuentro casual su infausto ascenso a famoso jefe Yellow Hair o Yellow Hand, nombre variable según el periódico que informara y la mayor o menor exactitud del plagio. Otros detalles también diferían de una versión a otra: en unas, Cody y Yellow Hair o Hand, se enzarzaban en duelo singular de rifles y colts, desmontándose mutuamente a balazos; en otras, el duelo era a cuchillo y duraba varias horas. Todos los relatos, sin embargo, tenían un titular unánime: Primera Cabellera por Custer. Con ese reclamo de sangre y venganza, Cody bautizaba meses después la principal atracción del espectáculo que acababa de fundar. Cuando el espectáculo llegó a Nueva York, pude asistir a la reconstrucción fiel de la escena: Cody con el torso inclinado sobre el indio moribundo, el gesto ampuloso del cuchillo en su mano derecha y la izquierda que levanta el cruento despojo, arrancado desde su escondite entre el tocado de plumas del figurante. Aplausos y vítores.

Ahora yo cumplimentaba por segunda vez en mi vida al espectáculo y a su creador, Bufalo Bill. Su nombre y su contenido habían cambiado. Los Rudos Jinetes se habían puesto de moda a partir de las hazañas de Roosevelt en la guerra de Cuba y las guerras indias eran ya un residuo del pasado.

Sentado frente a él alabé la pasmosa puntería de Annie Oakley, la trepidante intensidad del asalto a la diligencia, la gracia de los pequeños caballos mogoles y el lánguido trote de los camellos árabes. No pasé por alto el desfile ordenado y exacto del Quinto Regimiento de Lanceros Reales Irlandeses, tan distinguido hacía poco frente a los derviches del Sudán. A todo asintió en silencio, complacido.

Para hacer más creíbles mis halagos, me lamenté por los bisontes de otro tiempo que ahora no había encontrado. Entonces hablé.

—Es triste decirlo: no ha sido posible reemplazarlos. Cuando yo era joven, poblaban a millones la pradera. Ahora ni siquiera es posible capturar una docena.

Presintiendo que la conversación discurriría por derroteros transitados, añadí que el gobierno de su país ya había dictado leyes para acotar su caza. Dije las consabidas lamentaciones acerca de los indios y su modo de vida extinguido. Quedó pensativo. No como el hombre que no encuentra palabras, sino como el que tiene demasiadas.

—En la guerra, la aniquilación del enemigo es la regla. Para la celebración de la victoria, su presencia es inexcusable. En mi espectáculo, tan necesarios eran el hombre blanco como el indio. En contra de lo que muchos dicen para denigrarme, nadie puede representar lo que no ha vivido. Estos figurantes que han interpretado la muerte de mi amigo el coronel Custer, no son aquellos que usted vio la primera vez. Quizás ha llegado el momento de disolver la compañía.

—Toro Sentado murió hace tiempo —concedí accediendo a lo que suponía un ejercicio de nostalgia.

—Supe de su muerte a la vez que de los vergonzosos hechos que siguieron en Wounded Knee. Al humillar y maltratar a los que fueron nuestros enemigos, nos hemos deshonrado a nosotros mismos. Toro Sentado no hubiera hecho eso.

Su nombre lo presentaba tal como era: obstinado y solemne. Recordamos demasiado Little Big Horn, porque no caemos en cuenta de cuánto tuvo de afortunada la victoria de un impetuoso Caballo Loco sobre un Custer ebrio de certezas. En cambio, Toro Sentado era el hombre que había visto a los soldados azules caer a tierra como copos de nieve. Los otros dos fueron apenas instrumentos de su sueño. Al cabo, Caballo Loco fue derrotado, preso y finalmente ensartado en la bayoneta de un soldado impaciente, pero Toro Sentado esquivó durante años a un ejército herido en su orgullo. Fueron los cazadores de búfalos que había traído el ferrocarril los que acabaron rindiendo a su pueblo por el hambre.

Pensé prolongar sus palabras con algún comentario acerca de los inconvenientes del progreso, pero mi interlocutor no necesitaba tomar aliento.

—Es fácil para la arrogancia de un guerrero enfrentar el dilema de la derrota: morir o rendirse. Toro Sentado no podía permitirse ninguna respuesta sencilla. Poco antes de dejar este mundo, su padre le había encomendado: “mata búfalos y alimenta a tu pueblo”. Así había hecho Toro Sentado desde los trece años. Ahora ya no podía cazar búfalos, pero aún se debía a los suyos.

Sus pasos dubitativos lo llevaron a Fort Buford. El Major Brotherton asistió a una ceremonia singular, único derecho que se concedía al vencido. Frente a él, Toro Sentado cedía su rifle a su hijo de siete años para que el niño lo entregara con sus propias manos. Al Mayor le dijo: “Quiero que mi hijo aprenda a ser amigo del hombre blanco”. A su hijo le había dicho un rato antes: “Si tú entregas el rifle por mí, será como si yo no me hubiera rendido”. Creyó que así podría engañar a su destino.

El enemigo fue tan cauteloso en la victoria como desleal había sido siempre a los tratados. Toro Sentado fue confinado en Fort Randall con su gente. Todas las mañanas los soldados separaban a los hombres de las mujeres y los niños, y hacían recuento. Dos años duró esta ofensa al amanecer. Al tiempo lo trasladaron a la Reserva de Standing Rock.

Por entonces, mi espectáculo viajaba ya por las principales ciudades. Era quizás el mejor, pero en todo caso uno más entre otros parecidos. Annie Oakley hacía diana en el público con el encanto de su orfandad. La competencia tenía a Lilian Smith, algo más joven que ella y harto más descarada. Mi propio personaje, Búfalo Bill, estaba cojo: Yellow Hair no era un antagonista a su medida. Y además, estaba muerto. Me propuse enrolar al último jefe de la nación sioux.

La Agencia India aprobaba mis gestiones: querían separar a Toro Sentado de los suyos cuanto fuera posible. Nada más llegar a la Reserva, el comisionado le había dado al viejo jefe una azada para que cavara la tierra con sus propias manos, un ultimátum para que echara de casa a una de sus dos esposas y un papel

para firmar que legalizaba el expolio de tierras. Cuando yo llegué, el ultimátum había vencido en vano, el papel seguía sin firmar y el comisionado meditaba qué hacer. Mi llegada no pudo ser más oportuna.

Mi oferta era tan sencilla como sus obligaciones: cincuenta dólares por semana, pagaderos los sábados, a cambio de mostrarse a caballo durante la función. Suyo sería todo lo que obtuviera por autógrafos y fotografías. No le diré que discutimos las condiciones. Conmigo, Toro Sentado volvería a revivir todos los días un momento de gloria en la vida de su tribu. Quedándose en la Reserva recordaría cada día las condiciones de su derrota. Añadiré que en el último momento le prometí una entrevista con el Presidente Cleveland. Eso le decidió: acaso pensó que de jefe a jefe sería más fácil explicarle por qué no iba a firmar ese papel.

Toro Sentado asistía todos los días a la recreación de Little Big Horn, impávido sobre su cabalgadura incluso cuando el público rompía en abucheos hacia él. Durante los cuatro meses que estuvo con nosotros, nos robó con su silencio el protagonismo a Annie Oakley y a mí. Nuestro circo no era ya uno más entre muchos: éramos el espectáculo por antonomasia. No me costó mucho conseguir la entrevista de Toro Sentado con el Presidente Cleveland: las dos partes nos beneficiamos del encuentro y de la foto que lo inmortalizó. Solo Toro Sentado volvió defraudado.

De lo que hablaron a solas, nada repitió. Es fácil suponer que sus lenguajes eran muy distintos: uno quería recuperar sus tierras, el otro solo quería robarle un poco de su fama. Quizás valga con lo que Toro Sentado me dijo al despedirse. La frase estaba referida a un plural indeterminado. “Algunos de los hombres que he conocido son vanos y alocados. Otros, simplemente malvados. Todos son lo mismo para mí. Ellos parlotean en mis oídos, su ruido ha sido para mí como el del agua que fluye sin cesar”.

Arreglé también un encuentro con el general que durante seis años lo había perseguido hasta el Canadá. Toro Sentado no quiso acudir. Cuando lo apreté para que me explicara, me habló de unas mujeres que habían danzado hasta agotar los días y las noches. Esposas y madres de los guerreros muertos en la guerra con el general Crook. Creían que danzando sin cesar la tierra accedería a devolverles a sus maridos. Toro Sentado no creía que los muertos pudieran regresar, pero ¿quién cuidaría de ellas?, ¿quién las alimentaría? No hablaría con Crook, no.

Una sola vez había dado rienda suelta a su rabia en voz alta. Fue delante de una concurrencia de políticos y hombres de negocios que celebraban la culminación del ferrocarril. “Sois ladrones y mentirosos. Nos habéis despojado de nuestras tierras y nos habéis convertido en mendigos errantes”. El intérprete vio mi gesto, omitió traducirlas. Toro Sentado lo hizo a su manera: “Raiders. Liars”. El público lo disculpó: era un salvaje que no sabía hablar bien el inglés.

Los ojos de un salvaje se fijan en cosas que a las personas educadas nos pasan desapercibidas. A Toro Sentado le gustaba caminar por la ciudad después de la función. Los niños le seguían, como han hecho siempre en todas partes. Eso le molestaba mucho menos que contemplar su miseria. Lo que ganaba en mi espectáculo lo repartía entre los niños hambrientos que vivían en la calle. No comprendía que un pueblo tan poderoso tuviera tantos pobres. De ahí extraía una impecable conclusión: era vano confiar en las promesas del hombre blanco. Si los que más tenían permitían el sufrimiento de los que menos tenían, ¿por qué habrían de preocuparse por el bienestar de los indios, que no eran su pueblo?

Le impresionó el vasto mar, los largos muelles y los vapores que surcan el océano. Le expliqué que había otro continente al otro lado del mar que rebosaba de gentes, de guerras, de riquezas y de miseria. Comprendió que aquella muchedumbre de hombres ansiosos que marchaban hacia el Oeste era inagotable, que no la habían llevado sólo las locomotoras de las praderas, sino también las que cruzaban el mar. Acaso el mundo lo regía un demonio que empujaba a los hombres unos contra otros, y hacía infelices a todos. Si era así, el vapor era su aliento.

Toro Sentado volvió a Standing Rock cuatro meses después. Había ampliado sus conocimientos y perdido todas las esperanzas. Yo le regalé un caballo digno de un jefe y un saco de caramelos. Sé que añoró por siempre la sopa de ostras y el cariño de Annie Oakley, su hija adoptiva, a la que había nombrado Pequeña Tiro Fijo.

En las reservas, en todas las reservas desde Dakota hasta Nuevo Méjico, detrás de los soldados habían llegado los misioneros. Predicaban la agricultura y enseñaban el evangelio. Ambas semillas germinaban con dificultad. Las tierras eran ásperas y las azadas sólo servían para humillar a los cazadores con los recuerdos de la abundancia perdida. La Agencia India repartía raciones de alimentos todos los meses y vestidos una vez al año. No eran generosos, solo prudentes. El hambre, instrumento de rendición en el pasado, podía ahora ser acicate para la sublevación. Mientras tanto, el hombre blanco seguía presentando papeles para firmar que Toro Sentado rechazaba uno tras otro.

En algún lugar de las praderas, un indio que cuidaba de su pueblo escuchó la historia de un Redentor y soñó que venía para salvar a los indios, traer la paz con el hombre blanco y restaurar los rebaños perdidos. Como un Bautista, como todos los Bautistas, no era el hombre lo importante, sino el mensaje. Era el mensaje que todos querían oír. Poco después, de una reserva a otra, las llanuras eran recorridas por chamanes visionarios predicando la buena nueva. La tierra se encaminaba a un nuevo renacer. Brotaría una nueva hierba y nuevos árboles. Desaparecería el hombre blanco y su ferrocarril. Volverían los bisontes, los antílopes y los caballos salvajes. Los antepasados, tantos y tantos como habían muerto por las balas y el hambre, resucitarían y se unirían a la fiesta de todos, bailando.

Había que danzar. Todos unidos en una danza interminable. Una danza secreta, escondida de los ojos del hombre blanco. Por doquier, desde Arizona a Dakota, los indios danzaban invocando al Espíritu. El mundo renace. La nación renace. El águila ha traído el mensaje a la tribu. El Padre dice así. Toda la tierra renace. Los búfalos vienen. Los búfalos se levantan. El cuervo ha traído el mensaje a la tribu. El Padre lo dice. Escucha, Él dice, los búfalos vienen. Allí lejos, los búfalos se levantan, los búfalos caminan.

Tan fuerte era la visión de los indios que los colonos blancos también la vieron. Sintieron miedo. La Agencia India prohibió las danzas. El ejército se acantonó en las reservas, dispuesto a luchar contra los fantasmas.

Toro Sentado descreía que los muertos resucitaran, pero creía en la danza. Una vez, aquella vez, él había danzado durante tres días consecutivos, lacerando sus brazos con cien heridas. Al cabo de esa danza, vio caer a tierra los soldados azules como saltamontes, como copos de nieve. Caían sobre la tierra, muertos. Y aquella visión se hizo realidad poco después por la mano de Caballo Loco y sus guerreros. Si eso había ocurrido una vez, ¿por qué no ahora?

Toro Sentado se incorporó a la Danza Fantasma. Danzó con ellos. Se supo que Toro Sentado danzaba. Todos sabían cómo sus danzas pasadas habían dado gloria y alivio a la tribu en momentos difíciles. Los espías también lo dijeron: Toro Sentado ha vuelto a danzar, más y más indios están danzando.

Después de una tarde y una noche danzando, cayó exhausto. Entonces una alondra de las praderas se posó en un montículo a su espalda y le dijo: “Tu propio pueblo te matará”.

Aquella noche, un destacamento de policía india salió a buscar a Toro Sentado. En la madrugada, irrumpieron en su sueño y en el de su familia.

Toro Sentado dijo: “Iré con vosotros”. Pidió su mejor vestido. Pidió que ensillaran su mejor caballo, el que yo le había regalado. Ambos pormenores demoraron la salida hasta la primera luz del día. Los que habían danzado aquella noche acudieron con la primera luz del alba y rodearon la casa y al destacamento que la rodeaba. Esperaron.

Toro Sentado traspasó la puerta flanqueado por el Teniente Cabeza de Toro y el Sargento Cabeza Rapada. Cuarenta policías indios vestidos de azul abrían pasillo entre la multitud.

El destino le salió al encuentro a Toro Sentado por boca de su hijo. Aquél al que había entregado el rifle nueve años antes, lo apostrofó ahora. “Tú te llamas bravo. Tú has jurado que nunca te rendirías a un casaca azul, y tú ahora te entregas a unos indios con uniforme azul”.

Toro Sentado se detuvo, sobrecogido. Contempló la multitud que lo rodeaba: todos caminarían por el fuego si él lo pidiera. Todos esperaban su palabra para hacerlo ahora mismo. No pudo resistir su voluntad. Dio la orden, o la acató. En el tiroteo que siguió, una bala le atravesó la cabeza.

A las últimas palabras del Coronel Cody siguió un largo silencio que a mí me pareció obligado respetar. Entendí hasta qué punto aquel hombre añoraba el sol y el aire libre de las praderas. Él comprendía ahora que su circo no era menos ilusorio que la Danza Fantasma de los indios, pero sí mucho más abyecto.

Un tenorio para Corín

Gonzalo Alvear sólo era sobrino de la cuñada de Pantaleón. Pero quien más quien menos creía que era tan dueño del negocio como sus apócrifos tíos, los hermanos Bruguera.

Ciertamente, nada se hacía en la editorial en contra de su voluntad. Aunque no se conocía ningún caso en que su voluntad hubiera discrepado de la de sus tíos. Más bien, él daba carne, voz y piernas a todo lo que ellos disponían. A todo, y lo hacía con su porte entre Clark Gable y Alfredo Mayo. Bigote de tiralíneas y pelo engominado. Zapatos lustrados dos veces al día por el limpia del Comercial.

Un figura. Lo bastante listo para metérsela doblada a un vaquero como Marcial Lafuente Estefanía. ¡Qué decir de las tropelías que había cometido con El Capitán Trueno o Las Hermanas Gilda!

Aquel día Gonzalo se prometía un doble negocio: Corín Tellado.

Semanas antes, su tío Pantaleón le había instruido en el primero de ellos: tenía que atarla para que escribiera dos novelas al mes por menos de veinticinco mil duros. Exclusividad, por supuesto, y derechos retroactivos sobre lo que ya le habían publicado. Había que amarrarla, cerrar el paso a la competencia, y el momento era ahora: Corín acababa de dejar de ser señora de Egusquizaga. La separación, los gastos de abogados en el nada barato Tribunal de la Rota. Y dos hijos. Corín Tellado no podría resistirse a la oferta.

En cuanto al segundo negocio, era difícil explicar el interés de Gonzalo por Corín. Ni siquiera podía decirse que se conocieran. Tres años antes, Corín había aprovechado su viaje de bodas a Barcelona para dejarse caer por la editorial. Gonzalo apenas pudo apreciar más que su desparpajo y sus formas redonditas. Su tío Pantaleón lo había mantenido aparte durante la visita. Txomin, el morrosko que ejercía de marido, tenía las mismas pintas que Gonzalo, pero sin bigote, y Pantaleón intuía que no saldría nada bueno para su negocio de juntar a esos dos gallos a la misma mesa, entre puros y copas, delante de Corín.

Pero aquello fue hace tres años. Ahora, a cuenta del contrato para firmar, Gonzalo había hablado con ella por teléfono unas cuantas veces. Fue entonces, entre llamada y llamada, cuando se descubrió diciéndose a sí mismo: sí, ésa. Como cuando se había fijado en la cerillera del Comercial, o en Pili, la secretaria: sí, ésa.

La invitó. Si venía a Barcelona, le dijo, es como si adelantara la primavera, cambiando el frío húmedo del Cantábrico por la tibieza mediterránea.

Pantaleón protestó. Pagarle el viaje y la estancia, no, eso no se hacía con los autores en nómina. ¡Qué despilfarro! Gonzalo prometió: la podría conseguir por veinte mil. El viejo cedió, no sin decirle: *¡compte!, em sembla que eixa xiqueta es massa dona per a tu.*

El enamoramiento de Gonzalo era literario. Pili, la secretaria que se había beneficiado hasta que se casó y le dijo basta, leía sus novelitas. Él se veía retratado en sus páginas: buena posición, buena planta y, sobre todo, sabía tratar a una mujer y hacerla sentir como una reina. Lo suyo con Corín estaba predestinado.

El chófer de Pantaleón le llevó a la estación. Esperó en el andén como un galán de cine, con la gabardina en un brazo y un ramo en la otra. Salió a su encuentro con pasos decididos y una sonrisa de porcelana, que reventó en un beso y una frase de admiración cuando la abrazó. Luego, la sujetó del codo y la encaminó hacia la salida protegiéndola con su cuerpo de la multitud, al tiempo que ordenaba al mozo que los siguiera con la maleta.

– ¿Ha podido descansar esta noche?

– He dormido bien, pero he echado en falta mi máquina de escribir esta mañana al despertarme.

– Es usted maravillosa. ¿Hubiera sido capaz de escribir...?

– ¿Por qué no? El ambiente es sugerente...

– ¿Algún caballero interesante?

– Eso no se le pregunta a una dama.

– Cierto, cierto. Los hombres siempre queremos ir un poco más allá de donde se nos deja. ¡Pero qué sería de sus novelas sin los caballeros interesantes! Quiero que sepa que no soy el vil usurero que quiere negociar su contrato, sino un rendido admirador suyo. Mentiría si dijera que he leído todas sus novelas, pero créame si le digo que han sido muchas, muchas.

Gonzalo hizo una pausa y la contempló largamente, hasta el punto en que Corín podía empezar a sentirse incómoda. Entonces entornó los ojos:

– Corín, ¿puedo pedirle un favor?

– Usted dirá.

Gonzalo levantó los ojos suplicantes:

– ¿Me deja tutearla?

Corín sonrió, un poco incómoda.

– Por supuesto. Pero por favor, no se ponga tan solemne, que me da risa.

Y Gonzalo se llevó a los labios una de sus manos mientras ella protestaba y simulaba reír.

En el hotel, cuando el recepcionista alargó la llave, interpuso medio cuerpo entre ella y el mostrador para recogerla. Y así, con el pretexto de comprobar que todo era “*comme il faut*”, acompañó a Corín hasta su habitación y la inspeccionó por dentro. Dio propina al botones, al tiempo que le encargaba un jarrón para las flores. Y se despidió con un beso en cada mejilla hasta la hora de comer.

Estaba contento de sus progresos: Corín se dejaba llevar, no retiraba la mano cuando él se la cogía, reía con él. La estocada final, el “lo tomas o lo dejas”, con el papel delante y la pluma en la mano, quedaba para mañana. Porque antes estaba el otro negocio, que además ablandaría el camino de las pesetas.

Durante la comida, Gonzalo buscó la complicidad de Corín, presentándose como defensor suyo frente a la racanería de sus tíos. Después se reunieron con Pantaleón en la editorial. Pudo mantener el tipo sin aprietos: su tío entendió que era el momento de la cortesía y no el de los negocios. Al acabar, Gonzalo invitó a Corín a volver al hotel paseando entre escaparates. Le ofreció el brazo como un romeo de zarzuela y ella aceptó. Pantaleón desde la ventana sonreía socarronamente.

Cuando Corín se quitó los tacones, se echó en la cama y cerró los ojos, tuvo que reconocer que Gonzalo, desde que salió a su encuentro en el andén, no había hecho más que enriquecer con su galantería las escenas de sus novelas. Igual que Txomin antes de casarse: Gonzalo más espigado, los dos igualmente seductores. Igualmente. Sí, te tratan como una princesa, pero luego, cuando te han conseguido, te atan en corto. Y luego vienen los hijos y la novela se acaba. Y ella tenía dos. Había que ser realista. Disfrutaría cena y ópera, pero mañana cerraría el contrato y se volvería para Asturias con sus hijos.

Cena con champán. Y para postre, el collar del que ella había dicho horas antes “*¡Madre mía, qué precio!*”. Tristán e Isolda: no, no imaginaba que la ópera fuera un espectáculo tan embriagador. Más aún, si te sirven champán otra vez en el descanso. Cuando llegó al hotel, no le parecía que fuera a dormir, sino que ya estaba soñando.

Así que no sujetó la puerta para dejar a Gonzalo del otro lado. Cuando se dio cuenta, el pestillo hacía clack y una mordaza de saliva, coñac y tabaco la sofocaba. Empujaba unos brazos que otra voluntad inmovilizaba. Torció el rostro, solo para que Gonzalo babeara su oreja de obscenidades.

¿Debía decir no? El ritual así lo pedía: no, no, basta, basta. Una y veinte veces, no y basta.

Intentó un rodillazo. La falda de tubo lo impidió. Después, tuvo miedo de haberlo intentado.

Gonzalo había experimentado al cerrar la puerta la misma excitación que si hubiera salido corriendo de una tienda con un artículo robado. Pero no dudaba de que saldría bien: una mujer que había aceptado todos sus halagos y regalos, que no retiraba la mano cuando él la cogía, y que se dejaba pasar el brazo por los hombros, no podía rechazarle.

La resistencia de Corín no estaba en sus novelas, ni en las de ella, ni en la que él se había montado.

Pero abrir la puerta y marcharse, incluso con una disculpa, sería una catástrofe mañana por la mañana, cuando hubiera que tratar de cifras. Una vez empezado el asalto, no había retirada. En algún momento la carne de ella, su carne de mujer, respondería a su percusión de macho. Y con esa convicción insistía, aunque su deseo estaba dando paso a la irritación, a un punto ya de abofetearla.

Corín calló, resignada a que no gritaría tan alto como para montar un escándalo. Durante mucho rato, persistió en su muda y parálitica resistencia, como una pesadilla. Y su rabia fue dando paso a otro sentimiento: desprecio. Aquello ya lo había vivido con Txomin.

– De acuerdo. Tú ganas -dijo. El se paró. Ella tomó aire- Deja que me quite la ropa, se me está arrugando- Él aflojó su abrazo, perplejo. Se levantó y desde el estrecho pasillo entre la cama y la cómoda, dijo como si pensara en voz alta:

– Acabemos con esto de una vez.

Se quitó el abrigo, después la chaqueta, la blusa, la falda, todo bien doblado y colgado en el armario, como si estuviera sola.

Al verla en bragas y sujetador, el deseo volvió a Gonzalo. Ella rodeó la cama por el lado opuesto, acabó de desnudarse, y se metió entre sábanas.

Gonzalo se desnudó y entró a su lado. Ella apretaba los dientes, mientras él tocaba sus pechos. Entonces la carne de él sintió vergüenza y desfalleció. Gonzalo se puso de costado para manosearla sin que lo notara. Pero ella percibió su insignificancia y le dijo:

– Túmbate -y se liberó de su cuerpo. Se incorporó y dándole la espalda, sin mirarle en ningún momento, con la determinación de una mujer hastiada, masajeó su miembro.

Gonzalo sintió furia, porque leía los pensamientos de ella con más claridad que los propios y sentía su desprecio y su hartura. La odió por eso y cuando su miembro se hinchó, deseó voltearla para hincarla con saña. Pero Corín se le adelantó y Gonzalo se corrió sobre las sábanas.

Corín se levantó al baño con la mano por delante como si le fuera a manchar rozarse con ella.

...

Cuando Gonzalo despertó, no había nadie. Recordaba a Corín tirándole una toalla desde la puerta del baño. Ni rastro de ella, ni siquiera el hueco o el calor de su cuerpo en la otra mitad de la cama. Bajó a recepción. La señora había pedido un taxi muy pronto.

En la editorial, Pili le cortó el paso al despacho.

– Pantaleón ha dicho que no pase, señor Alvear -el usted era la forma en la que Pili le recordaba en cada momento que aquello se acabó.

– ¿Está...? -Pili no le dio ninguna facilidad- ... la señorita Tellado?

– Está dentro, sí. Y nada más pasar, salió Pantaleón para decirme que cuando viniera usted, le dijera que se quedara en su despacho hasta que ella se fuera. De muy mal gas. Tú sabrás que has hecho.

Gonzalo se retiró al suyo. El repentino tuteo le humilló, y lo hubiera compensado recordando algunos momentos especiales con Pili, pero la sombra de su tío le amenazaba. Mucho rato después, oyó los pasos decididos y la voz seca de Corín despidiéndose de su tío. Al poco, entró Pantaleón:

– Veinte mil duros, ¿eh? Que sepas que hemos firmado por treinta mil. Pero la factura del Palace la pagas tú, so mamón. ¡Dos habitaciones! ¡Jilipollas!

Cuéntame versión 2.0

Diez años después de la muerte del dictador, el coche oficial enlaza los Ministerios de siempre con las renacidas Casas del Pueblo. Esta tarde habrá mitin. El ministro Gonzalo Alvear ha llegado a la sede con su escolta. Se reunirá con la Ejecutiva para explicarle por qué es agua pasada aquello de “OTAN, de entrada no”. Después comerá con el delegado del Gobierno, su mano derecha en la región, y a la tarde baño de multitudes en la plaza de toros y viaje de vuelta a Madrid.

Paco se ha acercado a la Casa del Pueblo a saludar a Gonzalo, su amigo y camarada en la clandestinidad.

Paco es un simple afiliado. Colabora en las campañas electorales. No tiene cargo, pero sabe donde están las escobas para echarle un barrido de urgencia al local o dónde se guardan los megáfonos para los coches. Un divorcio, un hijo temprano y unas oposiciones a Instituto que no salieron bien, le han apartado de la estela de su amigo, que desde un decorativo puesto de Secretario de Formación en la Agrupación Local ha saltado en menos de un lustro todos los escalones que llevan a la capital. Hace tiempo que no se ven, quiere saludarlo y también hablarle de un temilla, a ver si le puede echar una mano. También de lo de la OTAN: no lo ve claro.

Frente a la sede hay tres coches con matrícula del PMM. El del centro, un Dodge 3700, hace sonreír a Paco: aquella mañana de diciembre de 1973 Gonzalo y él subían por Serrano camino del CSIC y no oyeron nada pese a estar tan cerca de Claudio Coello. Gonzalo viaja ahora en el mismo coche que elevó a los cielos al almirante Carrero.

Dos hombres le cierran el paso en el portal. Se identifican, muestran la placa. Paco se tensa, es un reflejo adquirido. Enseña el DNI. Al lado, el carnet del partido, el puño y la rosa, le sirven para sacar pecho: viene a ver a su amigo, el ministro.

En el segundo piso es Mariaje, como siempre, quien abre la puerta. Pero es el secreta que está junto a ella el que lo conduce hasta el despacho del Secretario de Organización, ocupado ahora por un desconocido de cazadora y corbata que le da la mano y le invita a sentarse como si aquella casa fuera suya.

– Soy Manuel Gamón, comisario principal. El ministro está reunido. Después tiene una agenda apretada. Dígame que desea: trataré de gestionárselo.

Paco empieza a decir aquello de “Soy amigo personal de Gonzalo”, y se corta. Está teniendo un déjà vu del individuo con pantalones acampanados, patillas y bigote a lo Sargento Pepper.

– ¿Tú? No es posible.

– ¿Perdón?

– Vaya sorpresa.

– Me confunde.

Paco duda como el que pisa un charco inesperado. Y decide que uno no ha estado en la cárcel el día que murió Franco como para achantarse ahora.

– Te haré memoria: septiembre de 1975.

El comisario se levanta. Cansinamente. Cierra la puerta y se vuelve hacia Paco.

– Aquello no interesa ya a nadie.

– Yo no olvido.

- Vosotros mandáis ahora. ¿Qué más queréis? Nosotros cumplimos nuestro trabajo igual entonces que ahora.
- No entiendo que la gente como tú prospere con nosotros. ¿Qué eras tú? ¿Subinspector? Y ahora, ¿qué me has dicho que eres? ¿Comisario de primera? Has hecho carrera. Y lo que más me jode, con nosotros.
- Mira, tú y yo ahora tenemos el mismo jefe: Gonzalo. Algo tendremos en común los tres. Yo estoy aquí porque todos los gobiernos necesitan buenos profesionales.
- No hemos podido hacer otra cosa que heredar lo que había. Pero no te engañes: no somos iguales. No lo éramos entonces y no lo somos ahora. ¿O quieres que te recuerde lo que hacíais?
- No deberías desafiarme a eso. Si algo tenemos los policías de raza, es una excelente memoria.
- ¿No decías que no te acordabas de mí?
- He tenido ya muchas conversaciones como ésta. Me cansa. Claro que me acuerdo de ti. Liga Comunista Revolucionaria. Tú también has cambiado tus fervores trotskistas de entonces por estas férreas convicciones socialdemócratas de ahora. Es mejor dejarlo.
- No. No olvido lo que pasamos Gonzalo, Luis y yo. Diez días de infierno, a golpes, sin dejarnos dormir.
- Para, para. Algún golpe sí que hubo, pero bien que os vino luego como ejecutoria democrática y antifascista, cuando hubo que cobrar réditos. Y nada que ver con lo de unos años antes: en 1975 estábamos mucho más suaves. Además, cantabais en seguida. Si los que ahora os votan supieran cómo os cagabais encima a las primeras bofetadas...
- ¡Hijo de puta! No queríamos ser mártires gratuitos. Sabíamos que íbamos a ser detenidos. Sabíamos que no podríamos aguantar diez días de interrogatorios. Habíamos calculado la información que tenía que soltar cada uno y cómo ir largándola para dar tiempo a los camaradas a escapar.
- Pues mira, lo sacamos todo, multicopista, pisos francos, veintitantos detenidos. Y no a vuestro ritmo, sino de golpe.
- Lo machacasteis. A Luis lo machacasteis.
- ¿Luis? Me acuerdo perfectamente. Fue el primero que detuvimos, cuatro días antes de trincaros a los demás. Lo hicimos para ponerlos nerviosos y ver si dabais un paso en falso. Ya sabes, la amenaza es más importante que su ejecución. Pero te equivocas. No fue Luis el que cantó. Y eso que recibió lo suyo.
- Con qué tranquilidad hablas de eso. Me das asco.
- Cómodo no era, lo reconozco. Pero que sepas: Luis aguantó todo. El primero, el segundo, el tercero, el cuarto día. ¿Y sabes qué pasó al quinto? Le dio un subidón de pensar que nos había ganado. Porque vuestro objetivo era ése, ¿no?, aguantar cinco días. Luis marcaba con las uñas una raya en la pared del calabozo por cada uno. Sin reloj, sin luz natural. Seguro que contaba los cambios de turno de los guardias. Y cuando llegó a la de cinco, se le fue la olla. En lugar de largar algo, soltar lastre y descansar, tal como habíais calculado hacer después del quinto día, Luis nos decía: *“Os queda un telediario. Vuestro Caudillo no va a comer el turrón. Peor que los de la PIDE. Ellos aún han podido salir por piernas para España, pero vosotros no podréis ir ni a Portugal. Acabareis cazados como conejos”*. Y claro, se llevó alguna hostia de más.
- ¿Alguna hostia, dices? ¿Cómo puedes...?
- Lo que pasó es difícil de creer. Estábamos cuatro. Él, sentado. Yo le había ofrecido un cigarrillo y, mientras le daba fuego, él me decía *“¿qué, luego me lo apagarás en la planta de los pies?”*. Si se hubiera quedado callado, te aseguro que lo hubiéramos dejado en los calabozos los días que quedaban para que no llegara al TOP en un estado demasiado penoso. Pero no, allí estaba, los morros partidos y una

insoponible sonrisa perdonavida. Entonces pasó lo que pasó: uno de nosotros, y te aseguro que no fui yo y que si lo hubiera sido me importaría un comino reconocerlo, le quitó el cigarro y empezó a pasearle la brasa por delante de los ojos. Y él, en un descuido del otro, se tiró de cabeza contra el radiador. Perdió el conocimiento, lo puso todo perdido de sangre. Y ya sí, lo dejamos tranquilo.

– ¡Hijos de puta!

– Dí lo que quieras, pero cuando él llegó a la cárcel y lo contaba, vosotros no le creáis. Pensabais que trataba de taparse. Fuisteis muy injustos con él.

Paco tuvo en la punta de la lengua un “*Y tú, ¿cómo lo sabes?*”. Le contuvo la intuición de que aquello no era ya un charco, sino arenas movedizas. De pronto, sintió que ajustaban las piezas de un puzzle que habían permanecido mal encajadas durante años.

Luis había llegado a la celda con la cara amoratada y un gran costurón en la frente. A nadie se le ocurrió pensar que hubiera podido resistir aquello, entre otras cosas porque alguien, necesariamente alguien tenía que haber cantado. Gonzalo había espantado a todos contando su tropiezo con Luis en un pasillo. Fue al salir de un interrogatorio cuando lo vio, acarreado de los hombros por dos polis, arrastrando los pies y dejando un punteado de lunares rojos en el pasillo. Fue fácil para todos conjurarse con la propuesta de Gonzalo: no dirigirle ni una mala palabra, ni medio reproche. No aludir en ningún momento a lo que había pasado en los interrogatorios. Paco entendía ahora que Luis no pudiera defenderse de una acusación que nadie le formulaba, pero que habría percibido en la indulgencia con la que se le trataba, en la conspiración de silencio en torno a él. Y entre los muros y rejas de la cárcel, donde no había más que un “nosotros” y un “ellos”, Luis se encerró en si mismo, en un rincón del patio, el más desvalido e indefenso de todos. Cuando fue excarcelado, Luis desapareció para siempre.

¿Quién había cantado? Paco recordaba que él recibió la primera bofetada con alivio, porque uno se da cuenta de que duele menos de lo que había esperado. Lo peor, si nunca te han puesto la mano encima, es imaginarte que te van a pegar. Y si en ese momento te cruzas con un guiñapo sanguinolento, como le ocurrió a Gonzalo...

Pero Gonzalo ¿entraba o salía? Gonzalo se tenía que haber equivocado, Los interrogatorios eran de uno en uno, con los mismos polis que utilizaban la información del anterior como palanca para el siguiente. Aquello no encajaba. O encajaba demasiado.

Paco se levanta hacia la puerta. Quiere decir algo a modo de despedida, pero ni él mismo entiende las palabras que vinieron a su boca.

– Entonces, ¿qué quieres que le diga a Gonzalo? -el comisario se adelanta y le abre la puerta.

– Déjalo. Se me ha olvidado.

Por un momento, el destello de una sonrisa cruza el rostro del comisario.

– ¿Vas a ir al mitin? Le gusta mucho que sus amigos le hagan pasillo para saludarlos cuando sube a la tribuna.

– No. Lo de la OTAN ya me lo sé. Y todo lo demás también, la pena es no haberlo aprendido antes.

Soy ingeniera agrónoma, máster en Agrobiología Ambiental. Tengo publicado en el CSIC un estudio sobre el origen del cultivo de la patata que me llevó dos años de trabajo de campo en Ecuador y Perú.

Tanto currículum no me da ninguna autoridad sobre la huerta de mi abuelo. Para él, sigo siendo la misma niña que hace muchos años se entretenía rebuscando escarabajos entre las matas de sus patatas y corría a enseñárselos.

Tiene noventa años. Baja a la huerta todos los días. Sube deslomado, sediento, boqueando, no es persona... Y al día siguiente vuelve, de nuevo, a la huerta. Allí se consume, se entierra un poco más cada día. A veces temo que no regresará, que tendremos que ir a recogerlo para siempre; y otras pienso que de allí, del agua y de la tierra, del aire y del estiércol, toma los nutrientes que lo mantienen vivo.

De los muchos trabajos con los que se castiga, edrar con la azada entre planta y planta no es el peor, pero sí el que más le tortura. La tierra, arcillosa, hace costra cuando seca. Y cada pocos días hay que doblar el espinazo con la azada pesada, rabiosa, y arañar la corteza, desmenuzarla para que abra sus poros al agua que la fecunda.

Edrar es una condena bíblica, un trabajo siempre necesario, nunca suficiente.

Hace poco le compré un escarificador con mango telescópico. Más ligero que la azada y no tendrá que agacharse para edrar. Me hubiera gustado que hubiera venido conmigo a Leroy-Merlin. Los ojos se le hubieran ido por las estanterías detrás de las herramientas y de los accesorios, adivinando, sorprendiéndose y maravillándose de para qué sirve cada uno. Pero todo lo demás es un mundo al que su sordera priva de sentido: la pradera de asfalto del aparcamiento, con sus rebaños y sus estampidas de coches; los carteles y avisos por doquier, hojas y flores de un desconocido jardín urbano; la procesión delante de las cajas, una plaga sin remedio.

Se le avivó la cara cuando le enseñé el escarificador. Extendió y recogió el mando, tentó la dureza de las puntas con sus dedos encallecidos. Me dijo “mañana lo pruebo”, y lo dejó allí, junto a la azada y la zarracamalda.

Entonces vi la hoz en el cuadro de herramientas, detrás de la puerta de la cuadra. Puedo decir que he visitado cada rincón de esta casa con los ojos curiosos de los siete años, con los ojos íntimos y secretos de los quince, y con los reflexivos y estudiosos de una mujer de más de veinte. No la había visto nunca. No había estado allí nunca. Ocupaba el lugar donde siempre habían estado las tijeras y los cuchillos de podar. Y estas herramientas, ahora se apretaban un poco más abajo.

Era una hoz diferente, sin ningún parecido con una medialuna, ni con un signo de interrogación, ni con el viejo icono en la bandera del desdentado fantasma comunista.

El mango era de madera oscura, pulida por los callos y barnizada por el sudor. La hoja, estrecha y delgada, casi frágil. Su curvatura, mínima, como un pequeño alfanje con el filo por dentro.

La quise para mí.

Mi casa es un pequeño museo etnográfico. En el suelo, colgados de la pared, del techo, tengo candiles, almireces, herraduras, azuelas, una romana, una collera, una horca, una laya, serones, una

prensa de uva, un molino de mano, hasta dos hachas de piedra que el abuelo encontró una vez en la Fuente Mina. Quería esa hoz, quería tenerla en mi casa.

La descolgué. La tenía entre mis manos.

– Esta hoz... -le dije, segura de que ya empezaba a ser mía.

El abuelo agarró la hoz, me la cogió con la misma suave firmeza con la que le hubiera quitado una perdiz al perro muchos años antes, cuando cazaba. Y empezó a contar mientras acunaba el mango con una mano y acariciaba el filo y la punta con la otra, como si la memoria brotara de ella.

– ¿Sabes? Antes, aquí venía una cuadrilla de la parte de Castilla. Subían segando de pueblo en pueblo desde la Ribera, y llegaban para San Pedro, y remataban la cebada, y luego el trigo o la avena, si había, y aún se quedaban de agosteros hasta que aparecían las quitameriendas.

El mayor de ellos, el mayoral, se llamaba Dionisio.

Esta hoz es la suya.

Dionisio era amigo de mi padre. Nosotros andábamos con el ganado detrás de los segadores, para entrar en los rastros en cuanto ellos salían. Mi padre y él nunca se cruzaban sin hablarse un rato. Y los domingos, cuando el pueblo estaba en misa, Dionisio se iba donde mi padre y liaban un cigarro. Mi padre le decía “¿Qué?, ¿no vas a misa?”. Y Dionisio le preguntaba: “¿Y tú, no vas?”. “Yo soy pastor”. “Yo ahora también”. Y se reían.

Tenías que verlo segando. Siempre apalabraba a destajo, nunca se escondió detrás de un jornal. Tenía demasiado orgullo para que alguien le dijera “ve y haz esto”, o coge, o trae, o para, o arrea.

Dionisio tomaba tres surcos para él; los demás, a cada dos. Cuando se volvía para dejar el manojo recién cortado, miraba para atrás, por si los otros se rezagaban. Empezaba suave, apretaba poco a poco. Sabía cuando aflojar para que nadie reventara, cuando dar un arreón aprovechando que alguien cantaba, y cuándo había que levantar el lomo con la excusa de echar un trago. O de afilar la hoz.

Porque esta hoz no es para dar tajos. Esta hoz es para rebanar. Hay que tenerla siempre afilada, que te puedas afeitar el dorso de la mano con ella.

La cuadrilla eran tres y el chico, Aniceto. Aniceto era menor que yo, doce años tenía. Rubio como la mies. Como su padre. Cuando segaban, se colocaban los hombres en el surco, y el chico detrás, atando los manojos. A veces, su padre tomaba un descanso y le dejaba la hoz, para que se fuera haciendo.

Aquel año Dionisio riñó con el amo de Barberena. Tú no lo conociste, claro. Entonces casa Barberena era medio pueblo, más tierra que nadie y lo mejor.

El amo de Barberena era un carlistón beato. Le gustaba avasallar. Fue alcalde más de veinte años después de la guerra. Aquel año Dionisio y él tuvieron alguna diferencia, no sé por qué. Da lo mismo. La diferencia era vieja, y se hacía nueva cada año. El uno tenía mucha tierra; el otro trabajaba muy bien. Pero por más que cada año se buscaban, necesitados el uno del otro, no acababan de ajustarse.

Ese año Dionisio y su cuadrilla plantaron al amo de Barberena. Trabajo no les faltaba, con uno o con otro. Y para dormir, mi padre les dejó nuestro pajar.

Aquel el año fue el del Alzamiento. En víspera de Santiago, el amo de Barberena se fue a la mañana con la Tafallesa a Pamplona, y volvió a la tarde en coche con cuatro requetés. Encontraron a Dionisio segando en nuestra pieza. Lo encararon. “Tú eres el que no va a misa”, le dijeron. Y se lo llevaron, delante de la cuadrilla, delante del hijo.

Mi padre lo vio de lejos, luego oyó los tiros, hacia el lado del Peñarte. Fue para allá y lo encontró muerto en una ezponda junto al camino. Me mandó con Niceto, que lo apartara, que no viera lo que le habían hecho a su padre. Y mientras tanto, él, con otro, cogió el cuerpo y lo llevó al cementerio. En la subida les salió al paso el amo de Barberena, que qué hacían. Mi padre le dijo: “Algunos no vamos a misa todo lo que debemos, pero no nos olvidamos de dar sepultura a los muertos”.

Mi padre quería enterrarlo dentro del camposanto, porque ateo o no, seguro que estaba bautizado. Pero el otro tenía demasiado miedo, ya se había asustado bastante con el desplante de mi padre al amo de Barberena. Así que lo enterraron por la parte de fuera, delante de unos bojés.

El abuelo calló. Aproveché para alargar la mano hacia la hoz y acariciar la hoja ennegrecida por falta de uso.

– ¿Y cómo vino a ti la hoz?

Él me contestó sin acabar de soltarla.

– Muchos años más tarde, andaba yo una vez con el ganado por debajo de la Peña. Vi a uno que no era del pueblo. Por la cuesta del cementerio. Pero no entró. Se estuvo donde la mata de boj.

No fui yo el único del pueblo que se apercibió. Si le dijeron o no algo al amo de Barberena, no lo sé. Pocos recordarían ya quien estaba enterrado debajo de aquel boj.

A los días, el amo de Barberena subió a Pamplona, como todos los sábados. Yo lo vi volver, bajarse de la Tafallesa y echar a caminar para el pueblo. Y vi como aquel hombre estaba apostado esperando a que llegara. Dejé el ganado y corrí para allá. Cuando llegué, el amo de Barberena estaba parado en medio del camino. Miraba para mí, miraba delante. Delante estaba Niceto, el hijo de Dionisio. Con la hoz de su padre en la mano.

Le llamé. Me reconoció. A pocos a pocos se fue viniendo para mí, apartándose del camino. Y el amo de Barberena pasó de soslayo, sin abrir la boca. Nada le dijo Niceto, nada le dije yo.

Cuando ya estaba lejos, dije:

“¿Me conoces?”

“Claro. Y tú a mí.”

“¿De verdad lo pensabas matar?”

“Enseñarle las ganas que tenía, y demostrarle que podía hacerlo. Pero te has entrometido.”

”Te va a denunciar.”

“¿Tú crees? Lo siento por ti. Tendrás que decir que me viste.”

“No lo diré. Pero dame la hoz, yo la guardaré.”

Nos apartamos para que no nos viera nadie más. Niceto me contó que se habían venido del pueblo. Se habían venido la madre y él y un hermano pequeño. Que llevaba un año trabajando en Potasas, en la mina.

A los días me llamaron del cuartel a preguntar. Yo negué haber visto a nadie. También a Niceto lo buscaron en su casa. No le encontraron la hoz. La tenía yo bien escondida. Hasta anteayer, que vi la esquela suya en el Diario.

– ¿Ha muerto? Haberme dicho. Te hubiera llevado al funeral.

– No hubo funeral. Lo decía la esquela. Niceto no iba a misa.

Y me quitó la hoz para dejarla en su sitio, donde debía estar.

La pluma blanca

El coronel había servido en la India y en Egipto. Había luchado en el Sudán contra el Majdi y en el Transvaal contra los bóers. Ahora vivía retirado en el campo, cuidando de sus perros y de sus caballos como un trasunto de Jenofonte descansando en su finca de Escilunte después de su larga retirada. Le gustaba la literatura clásica de los que forjaron imperios, y también, de los tiempos modernos, le gustaba Kipling.

*Si puedes mantener en su lugar tu cabeza cuando todos a tu alrededor,
han perdido la suya y te culpan de ello...*

Cuando su hijo partió a la guerra, no fue tan estúpidamente sensiblero como para recitárselos en la despedida. Se había prometido también que no correría para abrir sus cartas cuando llegaran, ni sería de esos viejos que en cualquier momento sacan en la conversación el nombre de su hijo ausente. Y mientras tanto, mientras esperaba cartas y noticias, iba pasando de un “If” a otro.

*Si crees en ti mismo cuando todo el mundo duda de ti,
pero también dejas lugar a sus dudas.
Si puedes conocer al triunfo y la derrota,
y tratar de la misma manera a esos dos impostores.*

Y cuando llegaba a aquello de

*Todo lo de esta tierra será tuyo,
y lo que es más: serás Hombre, hijo mío.*

el viejo se emocionaba, aunque sin caer nunca en ninguna inconveniente incontinencia que pudiera advertir su mujer o la servidumbre.

Eso fue antes. Ahora el viejo llegaba a St. Pancras, la estación de ferrocarril donde había tenido la despedida muchos meses atrás, con un triste recado: poner orden en las cosas de su hijo, caído en el frente. Se había trazado ya la ruta de oficinas, abogados y amigos que visitar, y esperaba que cuando ellos le dieran sus condolencias, él sería capaz de responder con la misma impasibilidad que Jenofonte cuando recibió la noticia de la muerte de Grilo: yo ya sabía que mi hijo era mortal.

El viejo se apeó del tren y echó a caminar entre la multitud, ya convertido en el coronel que era, con la espalda derecha, mirando por encima de las cabezas de la gente. Y la gente se apartaba a su paso porque, aunque no lo conocieran, veían en él a un hombre de los que habían forjado el imperio.

...

Gerald caminaba sin rumbo cerca de St. Pancras. Gerald era un joven con ambiciones literarias. Había nacido en Malta, y vivido en Sudáfrica, Inglaterra, Irlanda y la India. Se había educado en un estricto internado inglés, donde aprendió a protegerse del mundo en su castillo interior. Cuando estalló la guerra, se había alistado en seguida, no porque le impulsara la ola de patriotismo, como a tantos jóvenes, sino porque era difícil resistirse a ella y realmente no había encontrado motivos para hacerlo.

En realidad, él, desde la adolescencia, habitaba en moradas inaccesibles para los demás. Su pasión era vagar, recorrer el mundo, y unos años antes, cuando las naciones aún estaban en paz y él no había cumplido los dieciocho, se había marchado de casa para recorrer a pie los campos de Europa hasta el lejano Danubio, el río de la historia. La guerra no le entusiasmaba ni le asustaba: solo le producía curiosidad.

Quizás para complacer ese instinto errante, su primer destino militar había sido como enlace en bicicleta entre el mando y las trincheras. Allí lo vio todo, y vio lo mismo que todos.

No esperaba que la guerra fuera así. Horacio, Virgilio y Homero no habían descrito paisajes donde los árboles, desgarrados por la metralla, no tenían ni hojas ni ramas en lo más frondoso del verano; donde los animales domésticos eran esqueletos todavía atados al ronzal y a la cadena; donde la niebla a veces tenía el color de la ictericia, el sabor del ajo y la cebolla y el tacto de las ortigas; donde los campos son arados una y otra vez por la reja de los obuses para su cosecha de muerte; donde el auténtico ejército invasor son las ratas comedoras de cadáveres. Un paisaje sombrío y fabuloso que helaba la sangre si uno se abstraía en contemplarlo.

Y lo que es peor, y contradecía todo cuanto había leído: la gente moría o sobrevivía sin que su destino tuviera que ver con la cualidad moral de sus actos.

La bomba que lo hirió pudo haber explotado más cerca o más lejos, o un poco antes o después; los enfermeros galeses pasaban por allí, pero podrían haberlo hecho más tarde o nunca; el furgón con cuatro pisos de camillas tenía un hueco libre en lo más alto, allí donde no llegaba la sangre que escurría de arriba a abajo; el médico todavía no había llegado al límite de su cansancio; tampoco se habían acabado las gasas o los desinfectantes; la gangrena estaba demasiado ocupada en las camas de al lado. Todo era cuestión de suerte, nada dependía del mérito o de tu voluntad.

Ahora estaba en Londres, con el permiso imprescindible para que sus piernas aprendieran de nuevo a caminar. Había escrito a su familia, en Irlanda, pero no deseaba verlos. En realidad, no deseaba ver nada de lo que se supone que quiere ver un soldado de permiso. Desde que había vuelto a Inglaterra, veía con asombro aquel patriotismo retórico que invadía los periódicos y las calles, y meditaba acerca de su propio carácter, que lo hacía un extraño para el mundo.

Al salir del andén en St. Pancras, vio un grupo de chicas y se encaminó hacia ellas. Tenía veinte años y, técnicamente, podía decirse que había conocido mujer. Pocos días atrás, la cerillera de un café había accedido a subir a su cuarto. Un encuentro breve, que le había dejado más desazón que otra cosa. Como todo lo que le ocurría desde que había vuelto del frente, no sabía qué fallaba, si él, la chica, el mundo o la guerra. Pero se había prometido que de ahora en adelante no dejaría que ninguna mujer se compadeciera de su accidental condición de soldado.

Ellas lo vieron acercarse y se miraron con picardía, como si aquél fuera el muchacho que esperaba cada una.

– Buenos días, gentiles damas -saludó intentando ser a la vez educado y chistoso.

– Buenos días -dijo la morena.

– Hola -dijo la rubia.

– ¿Cómo es que un mozo como tú no viste de caqui? -dijo la del pelo castaño.

Solo entonces vio lo que la rubia tenía en su mano. Otra casualidad que le salía al paso. Había oído hablar de la Orden de la Pluma Blanca, pero no esperaba toparse con ella.

– Toma -la rubia le ofrecía la pluma con una sonrisa-, y piensa que si nosotras estamos solas ahora, es porque nuestros novios están luchando por nosotras y por nuestro país.

Gerald cogió la pluma. La sostuvo con énfasis delante de él, igual que había visto hacer a Hamlet con el cráneo de Yorick en una representación del colegio. Y empezó a reír, recordando su propósito de evitar la compasión femenina.

– ¿Y por esta pluma queréis que un hombre vaya de buen grado al matadero?

– ¿Acaso eres un cobarde? -se encendió la morena.

– No lo soy más que cualquier otro hombre. Y tú, ¿quién eres para decirle a nadie que debe morir? ¿Qué me prometes a cambio de ir a la guerra? ¿Te acostarás conmigo? ¿Me cubrirás de besos para que luego no sienta el frío, la humedad, el barro, la sangre, el fuego, el hambre, los piojos, el miedo? Si vuestro amor o aun siquiera vuestra sonrisa debe pagarse a tan alto precio, no por ello deja de ser algo con precio que se puede comprar, y no sois más dignas que la más laboriosa de las meretrices.

...

El coronel caminaba entre la multitud cuando vio a tres chicas que ofrecían la pluma blanca a un tipo. Un joven de la edad de su hijo, sano, fuerte. Se acercó a ellas lo suficiente para ver, para oír. El tipo se reía con descaro, pavoneándose de la pluma blanca que le habían dado, burlándose. De ellas. Del país. De los soldados. De su hijo.

El coronel levantó su bastón, perdió la cabeza.

...

Años después, Gerald abandonó su país por otro en el que no tenía que representar la ficción de que pertenecía al lugar en el que vivía. Era un extranjero en España, pero aquel “Don Gerardo”, como le llamaban en Yegen, le parecía lo más entrañable que había escuchado nunca. Muy a menudo entretenía sus siestas y sus noches con alguna joven del pueblo, y probaba con ella los efectos vigorizantes de la cantárida, tan extrañamente parecida al gas mostaza, si aumentabas la dosis imprudentemente. Era, en todos los sentidos, un hombre experto en el amor, que disfrutaba y hacía gozar a su compañera. Pero cuando se dormía y se daba la vuelta, Gerald se sentía solo.

De la guerra, Gerald procuraba no recordar muchas cosas. En eso, era igual que todos los supervivientes. En cambio se acordaba mucho de aquel estrambótico suceso, cuando le entregaron la pluma blanca de la cobardía en la estación de St. Pancras. Extrañamente, no podía evocar el dolor de los bastonazos, como no conseguía nunca revivir las sensaciones lacerantes de la metralla en la pierna y la espalda. Pero recordaba bien la confusión que siguió, la presencia de la policía, y cómo, al atestiguar su condición de combatiente y convaleciente de heridas de guerra, pasó súbitamente de acusado a víctima. Recordaba las lágrimas del coronel mientras le pedía disculpas, avergonzado por lo que había hecho. Se dejó abrazar, dejó que aquel viejo llorara en su hombro por el hijo que acababa de perder.

Y al recordarlo, se le venía a la mente siempre el final de la *Iliada*, aquel momento en el que Aquiles y Príamo lloran juntos, uno por el hijo que había perdido y otro por el padre ausente al que no volvería a ver. Sólo que él no quiso sentirse hijo de aquel hombre. En su castillo interior no moraba ningún padre. Se había dejado envolver en las lágrimas de aquel hombre extraño a él con la misma indiferencia y distancia con la que los supervivientes de la guerra recibieron después las medallas, los homenajes y las conmemoraciones sucesivas de cada año. Nada de lo que había ocurrido en las trincheras podía ser compartido por quienes no habían estado en ellas.

Y el coronel, años después, recordando a su hijo y aquel vergonzoso incidente en la estación de St. Pancras. pensaba que Diógenes Laercio no había dicho toda la verdad, puesto que había omitido contar cómo había recibido Jenofonte de vuelta a su otro hijo, al que sobrevivió a la batalla, Diodoro. ¿Se alegró de verlo vivo o le recriminó haber sobrevivido a su hermano? Y pensaba, recitando su poesía favorita, que se puede asistir impasible a la victoria y a la derrota, pero que la muerte de un hijo es otra cosa.

Una nave acristalada y decorada con la heráldica de nuestros tiempos: logos, marcas, grandes letreros. Un pórtico de diseño para impresionar a las visitas. Son las oficinas centrales de Panaderías Reunidas.

Alrededor, otras naves más corrientes: bloques blancos, chapa verde machihembrada. Son las que sufren el calor de los hornos, las que tiemblan al arrancar los compresores de las máquinas frigoríficas, las que huelen a masa fermentada, a harina, a pan recién horneado por la mañana y a pan rancio, viejo, a última hora de la tarde. Hay un muelle de carga para la flota de furgonetas de reparto, el pan nuestro de cada día para una gran ciudad. Otro muelle, más grande, para los camiones frigoríficos que llevan su carga de masa congelada por Madrid, Barcelona o Cádiz. Y grandes tomas donde enchufan sus mangueras las cisternas rodantes de harina: doscientas toneladas diarias.

Las oficinas tienen parking exclusivo. Una garita acciona a distancia la verja que lo cierra. Cuarenta y dos plazas en dos pasillos. A esta hora de la mañana, nueve y media, todas están ocupadas. Media docena de coches se cruzan como fichas de dominó delante de otros bien aparcados, obstaculizando su salida. Queda un sitio libre, el más cercano a la puerta de entrada a las oficinas. No lo protege ninguna prohibición, no lo reserva ningún letrero. Dentro de media hora aparcará en él el coche de Julio Alberto, que como todos los días acude a su despacho mucho más tarde que sus empleados, hacia las diez de la mañana.

La presencia discreta, casi insignificante, de Julio Alberto, contrasta con el porte de su coche, un BMW de la serie 7 color verde botella, tapicería de cuero y salpicadero en madera. ¿Qué va a hacer con trescientos caballos de tracción trasera deportiva un hombre tan parsimonioso como Julio Alberto? Julio Alberto es un hombre pequeño, si hablamos de lo físico. Ni siquiera en su cara destaca una barba, unos bigotes, algo, unas patillas que nos digan ¡he aquí a un gran hombre! Julio Alberto podría peinar canas, porque tiene pelo suficiente para ello, pero se lo tiñe con el color negro con el que llegó al mundo.

Julio Alberto sube las escaleras hasta su despacho sujetándose la raya de los pantalones con el pulgar y el índice por encima de las rodillas. Brinca de un escalón al siguiente como si pisara charcos, temeroso de que una zancada demasiado larga o enérgica desdibuje el impecable trabajo de la plancha. Pasa entre las mesas de sus empleados dando los buenos días, y se pierde por la antesala de su despacho que vigila su secretaria, si antes no le ha salido al paso el director financiero o el director comercial con alguna cuestión urgente.

Media hora, una hora o dos horas después, Julio Alberto se asomaría a la puerta de la oficina y buscaría con la vista a su secretaria Mónica, perdida en amena conversación junto a alguna mesa, para decirle: “Mó-Mó-Mónica, nó-nó se me distraiga. Pón-póngame con mi mujer”.

Mónica ya no trabaja en Panaderías Reunidas. Pero no se concibe hablar de Julio Alberto sin hacerlo de Mónica.

El cuarto de Mónica -lo llamaremos así aunque ahora lo ocupe una chica nueva- tiene acceso propio al despacho de Julio Alberto: por ahí entra la correspondencia, el té y la manzanilla. Desde un cristal y otra puerta, Mónica controla la antesala de las visitas.

Pocos saben que el despacho de Julio Alberto tiene una tercera puerta disimulada al fondo. Ésa es la explicación de un extraño e inútil montacargas que hay en la nave de atrás, donde se apila cada tarde el pan seco, el sobrante devuelto por las tiendas. El montacargas, si alguien se fijara en él, está siempre detenido a la altura del techo de la nave, que equivale al primer piso de las oficinas. No lleva, ni sube, ni baja aparentemente a ningún sitio. Está ahí, nadie repara en él, en que no sirve para nada. La instalación se hizo en previsión de un posible intento de secuestro por parte de ETA, después de que Julio Alberto decidiera que no pagarían.

Julio Alberto es el artífice de Panaderías Reunidas. A mitades de los sesenta del siglo pasado, en pleno franquismo, algunos panaderos decidieron agruparse. El proyecto original era una cooperativa. Julio Alberto lo transformó en una sociedad anónima, acabó por incorporar a casi todas las panaderías de la capital y de los pueblos de alrededor, y diversificó y ensanchó el negocio a todo lo que utilizara harina, levadura y hornos.

Los socios o accionistas se cuentan por decenas. Con franquismo o democracia, con peseta o con euro, Julio Alberto ha sido siempre el Gerente. Deja a otros la Presidencia del Consejo. Sabe dar y repartir. La Empresa, o el grupo de empresas surgido a partir de la primera, es lo suficientemente boyante para practicar una endogamia calculada con los socios, y los hijos y los nietos de los primeros socios. Julio Alberto ha tenido visión y mano izquierda para evitar que los más incompetentes ocupen puestos demasiado importantes.

A Julio Alberto le gusta escuchar, saber. No es raro que alguna vez haya entrado a su despacho una señora de la limpieza o una cajera de una tienda o un chófer repartidor. Como pauta, en todos los departamentos, en todas las empresas del grupo, Julio Alberto tiene a alguien que le informa saltándose los escalones del organigrama. Alguien que seguramente aspira al cargo de su jefe, y por eso lo vigila con celo. Y a los distintos responsables y directores, Julio Alberto procura mantenerlos enfrentados entre sí y tomándole a él como referente, como árbitro.

Hasta que se jubiló, Mónica era la empleada más antigua de la empresa. Tan antigua como su jefe, Julio Alberto, y como su amiga Edurne. La empresa nació con ellos tres, en unas oficinas tan pequeñas que cabían en un piso, una segunda planta del barrio de Amara.

Entonces, claro, Julio Alberto no conducía un BMW. Cuando Mónica -y Edurne- conocieron a Julio Alberto, era la época del Seat 600 y el Gordini. El coche de Julio Alberto que ellas recuerdan es un Citroen DS con morro de tiburón. Los domingos salían de caminata a los montes vecinos. Paseo hasta alguna cumbre, comida en un restaurante o fonda de la zona, y regreso. Eran caravanas de tres o cuatro vehículos, con amigos. Al principio, estas excursiones tuvieron un carácter social de Empresa, o se mezclaron los ámbitos. Mónica se sentaba delante con Julio Alberto, y Edurne en el asiento de atrás con algún otro. Desde que Julio Alberto se casó, ambos mundos, el de la Empresa y el privado, quedaron rígidamente separados. La única actividad social que Julio Alberto se permite con los empleados es la fiesta del santo patrón de los panaderos, San Honorato, y la cena de navidad con el staff y personal de oficinas.

La fiesta de San Honorato es una comida popular, multitudinaria y bulliciosa, para los panaderos que trabajan de noche, los repartidores de la mañana y las dependientas de todas las tiendas. El menú pivota siempre alrededor de algún plato de carne: costillas de cordero, gorrín o chuletón de buey. Hay actuaciones musicales, algún tipo de rifa o sorteo, y baile. La organiza una comisión de empleados, dirigida por algún encargado veterano, que ya sabe qué lugar ha de ocupar Julio Alberto, flanqueado por Mónica y Edurne, a un lado, y al otro el Director Financiero y el rival de turno del Director Financiero en el aprecio del jefe. Cualquier novedad que se introduzca de un año para otro, la supervisará Julio Alberto. Aún así, hay algo que no cambia: los regalos. Han de ser suficientes, y algunos de suficiente valor, para que la fiesta de San Honorato excite la codicia de muchos. Cada año, la comisión cambia el método de reparto de la piñata: desde un mero sorteo a una cucaña o un concurso de karaoke. Se trata de innovar en el pequeño teatro de la mezquindad y la estupidez humana. Julio Alberto asiste, desde su mesa discretamente retirada y elevada, al espectáculo que más le gusta.

La cena de Navidad es diferente, más selecta. Asisten los directores y jefes y el personal de oficina. Mónica y Edurne se ocupan de organizarla. Dedicán una mañana y una tarde a recorrer tiendas eligiendo el regalo de cada cual. Lo entregan a los postres, y acompañan cada uno con una pamplina estudiada. Son las hadas, dice Julio Alberto, riendo. Él también recibe su regalo, el último de todos, y una frase cursi, una mirada y una sonrisa del hada Mónica. Edurne hace coro a su amiga, sin hacerle sombra.

Sí, Julio Alberto no concibe el festejo sin regalos, como los caramelos de la cabalgata de Reyes. A la multitud se le arrojan las dádivas para que se pelee por recogerlas, y a los más cercanos se les premia con cierta solemnidad. Pero todos, plebe o nobleza, disputan entre ellos por tener unos más favor que otros.

Mónica ha sido siempre la empleada favorita de Julio Alberto. Sólo ella se permite cierto descaro en las formas. Julio Alberto le riñe con autoridad paternal, y ella responde con un mohín de niña traviesa. Porque es así como se conocieron.

Mónica tenía veinte años cuando encontró su primer empleo: la oficina de un taller mecánico. Mónica era la hija mayor de un militar, para la que trabajar era solo tiempo de espera mientras llegaba el hombre que la llevaría al altar. Así que, a la primera bronca de su jefe, un bruto sucio de grasa, se despidió enrabiada como un gato. A los dos días, vio un anuncio y se presentó. En la entrevista, a Julio Alberto le gustó el descaro con el que aquella chiquilla le explicaba su brevísimo currículum laboral. A ella le encandiló su nuevo jefe, joven, distinguido. Poco después, se incorporó Edurne a la empresa. Así comenzó Panaderías Reunidas: Julio Alberto, Mónica y Edurne.

Cuando Edurne se casó y le echó el ramo, ella aparentó que le estorbaba y se lo quiso pasar a Julio Alberto. Pero Julio Alberto dijo: “Quite, quite, Mónica, por favor. Eso son cosas de mujeres”.

Pero Julio Alberto se casó cinco años más tarde. El ramo ya no pasó a nadie. No hacía falta que Edurne le advirtiera a Mónica que se le pasaba el arroz, sencillamente porque ya se le había pasado. Mónica decía entre resignada y crédula que tenía que cuidar de su hermano menor, con síndrome de Down, y de sus padres ya mayores. Quizás porque Julio Alberto le preguntaba regularmente por ellos, como si le encomendara la tarea de cuidarlos.

La mujer de Julio Alberto es mucho más joven que él. O al menos, lo aparenta. Viste, se peina y se maquilla con el cuidado exquisito de una barbie numeraria. Le ha dado dos hijos. La mayor se casó hace poco y vive en México, D.F. El menor, Luis Felipe, se prepara para suceder a su padre. Después de un master y dos años en Vodafone UK bajo la tutela de un amigo, ahora desempeña el cargo de Adjunto a Gerencia en Panaderías Reunidas, en un pequeño despacho contiguo al de su padre.

Cuando Mónica llamaba a la mujer de Julio Alberto para ponerle con su marido -la anécdota recurrente que conocen todos los empleados de Panaderías Reunidas-, nunca olvidaba comentarle sobre el humor o el aspecto de él, como si su función de secretaria personal fuera una subdelegación por horas del papel de la esposa. Desde que Luis Felipe se incorporó a la Empresa, Mónica también incluye al hijo en sus reportes.

Un par de años antes, Mónica avisó que no pensaba jubilarse cuando cumpliera los sesenta y cinco. Lo dijo con un tono de sacrificio tan exaltado que no le faltó más que haber tarareado aquella canción de Mocedades que alguna vez sonó en la radio del Tiburón Citroen DS. “Si usted, jefe, aguanta aquí al pie del cañón hasta los setenta, yo no seré menos que usted”. En Mónica el usted no sonaba igual que en los demás empleados, y no solo porque utilizara el coloquial “jefe”.

Julio Alberto le recordaba de vez en cuando que tenía que cuidar a su padre, a su madre, y a su hermano. Que los tres eran ya muy mayores, y que -sin reprochárselo- eran muchos los días que tenía que pedir permiso para acudir a alguna urgencia de ellos.

Julio Alberto le pidió a su hijo que se buscara una secretaria como Adjunto a Gerencia, ya que entre los dos estaban abrumando a Mónica. Un par de domingos más tarde el periódico trajo un anuncio que pedía “Secretaria de Dirección” para “Empresa líder del sector de Alimentación”. La agencia de recursos humanos que lo firmaba era la habitual de todos los procesos de selección de Panaderías Reunidas, la misma también que había llamado varias veces en los últimos días preguntando por Luis Felipe. Que el anuncio pusiera “Secretaria de Dirección” en lugar de “Secretaria de Adjunto a Gerencia” no le pareció a Mónica un detalle discordante, sino todo lo contrario. Lo había visto muchas veces en Julio Alberto, pero nunca pensó que se lo haría a ella. Como una esposa que empieza a ver los indicios de la infidelidad del

marido, pero que al final cree que prevalecerá su condición de legítima y madre de sus hijos, así Mónica pensó que cuarenta años de trabajo debían ser suficientes para protegerla.

A Mónica le hubiera gustado abrir el dossier que llegó seis semanas más tarde para el Adjunto a Gerencia. O escuchar las llamadas que encaminó días después entre el despacho de Luis Felipe y una tal Yolanda, que telefoneaba siempre desde móvil, no desde fijo. Cuando esa Yolanda se presentó una tarde a última hora, con su sonrisa de presentadora de televisión, Mónica supo que era la candidata como si ella misma la hubiera seleccionado. Su aspecto le recordaba la última vez, hace veinte años, que Edurne y ella se habían presentado a un concurso de secretarías, salvo que en lugar del conjunto de falda y chaqueta que entonces se llevaba, la nueva vestía pantalón con una cazadora de piloto que Mónica sabía que ella no se podría poner nunca sin sentirse ridícula. Sí, lo suyo seguía siendo la falda y la chaqueta, las ojeras y las mejillas abotargadas y el culo gordo y el pelo tintado con ese tinte para las canas que llevan todas las señoras mayores, por no hablar de las diversas tramoyas dentales que hacían de su sonrisa una farsa.

Mónica recibió a la aspirante, la introdujo a la antesala, la anunció a Luis Felipe y la estuvo observando a través del cristal, sabiendo que la otra la escrutaba a ella de la misma forma que evaluaba el mobiliario, el aire acondicionado, el modelo de teléfono y el de ordenador. La oficina se había reformado la última vez no hacía ni dos años, y todo era nuevo, salvo ella misma, que veía en la intrusa las mejillas tersas de la juventud que ella había perdido, y la talla 38 que a ella le había crecido hasta convertirse en una 48.

Cuando sonó el timbre del despacho de Luis Felipe, se sorprendió pensando en aquella muchacha que cuarenta años antes se había ido dando un portazo de una oficina de mala muerte para aterrizar en Panaderías Reunidas de la mano de Julio Alberto. ¿Qué era ella ahora, para sufrir que la hicieran pasar por aquello? Cuando le abrió a la nueva la puerta del despacho, no pudo evitar tratar de reconocer en Luis Felipe los rasgos y gestos de su padre. ¿Era así como Julio Alberto se había levantado entonces a saludarla y la había encandilado? Cuando cerró la puerta, tuvo que ir al baño a componer su cara.

Volvió y se entretuvo en nada, removiendo papeles y abriendo y cerrando ventanas en el windows. No oyó abrirse la puerta del despacho hasta que Julio Alberto le dijo: “Mó-mónica, por Dios, es su hora, váyase a casa”. A Mónica le entró una risa un poco amarga, y quiso hacer una broma acerca de la nueva, pero no se atrevió a decirlo: Jefe, ¿me van a aplicar el Plan Renove para secretarías? ¿Me van a bajar a la planta de distribución para tenerme encerrada en la garita ocho horas como Vicente, contando sin parar el dinero que traen los repartidores hasta volverme loca porque no cuadra? No se atrevió a decirlo. Recogió y se marchó a casa, dejando que la leucemia de su hermano y los achaques de sus padres emborronaran su mente durante las semanas que siguieron, para no pensar en lo que adivinaba que iba a ocurrir.

Un mes más tarde, Julio Alberto la llamó al despacho delante de su hijo: “Mó-Mónica, nos tenemos que preparar para el relevo. ¿Usted se ve de secretaria con mi hijo, cuando yo no esté?” El jefe, al que tanto le gustaba jugar con las palabras, bautizó a la nueva como “secretaria adjunta”. “Pór-pór-tese bien con ella, Mó-Mónica”, le dijo al salir.

La secretaria adjunta llegó a la mañana siguiente vestida y maquillada con la contundencia de una starlet que ha amarrado ya el contrato y viene a tomar posesión del escenario. Seguramente que aquella mañana se habría levantado excitada antes de que el despertador le hubiera cantado la hora, de la misma manera que Mónica apenas había podido conciliar el sueño repasando toda su vida en el brevísimo instante de una noche, desde su primer momento de gloria, cuando mandó a tomar viento a aquel zoquete del taller mecánico y desembarcó rumbosa en el despacho de Julio Alberto, hasta los últimos reveses de salud de su familia. Y por en medio, una larga escalera de pequeñas decepciones que la habían llevado peldaño tras peldaño hasta el fondo de aquel pozo. Tenía sesenta y cinco años y todo, familia y trabajo, se iba por el sumidero. Sólo era la amiga soltera de su amiga Edurne.

La oficina asistía aquella mañana al espectáculo que ya se venía anunciando en corrillos desde hacía algunas semanas. La función tuvo, sin embargo, un final abrupto: a las diez de la mañana llamaron a Mónica para

decirle que su hermano había ingresado de urgencia. Mónica sintió que su hermano, al que tanto tiempo había dedicado y por el que había renunciado a tantas cosas, le echaba un capote en el último momento para librarse de aquella humillación. Edurne, que solía cubrir las ausencias de Mónica, se encargó de instruir a Yolanda, la nueva.

Cuando falleció el hermano, Julio Alberto le pidió que se tomara unas vacaciones y descansara por el esfuerzo de toda una vida. Las vacaciones le sirvieron para enterrar a su madre, algo que se hace con poca dificultad, porque siempre hay plazas libres esperando en el tanatorio y en el cementerio. En cambio, para que ingresaran a su padre en una residencia para grandes dependientes, Edurne tuvo que hacer de hermana mayor y gestionarlo todo.

Este año, una semana antes de Navidad, Julio Alberto se asoma al vestíbulo y dice: “Yo-Yo-Yolanda, llame a Edurne y que le ayude con lo de Navidad. Ah, y pregúntele cómo está Mónica, si estará en condiciones para ir a la cena”

– ¿Vas a venir a la cena? Julio Alberto me lo ha preguntado -Edurne no quiso decir que quién la había llamado había sido Yolanda, la nueva.

Mónica no respondía. Con su cara anestesiada como si acabara de salir del dentista, a Edurne le pareció estar viendo una merluza expuesta sobre un lecho de hielo picado en el mostrador de la pescatería.

– Coño, Mónica, di algo. ¿Qué te pasa?

– ¿Sabes una cosa? -Mónica estaba tratando de recordar qué le había dicho exactamente a aquel cenutrio del taller mecánico- Son todos iguales.

¡John Moore, Presente!

Polizón en un féretro ajeno. Tus huesos temblarían a carcajadas si pudieras oír cómo responden “¡Presente!” cuando el general bajito, boina roja y voz aflautada, clama “José Antonio Primo de Rivera” y reclama, por esa muerte que no es la tuya, el fruto y la semilla de otras muertes. Los enterradores desquician la losa de mármol, la atraen, la arrastran chirriando sobre el pavimento, la sujetan a las cabrias bajo la bóveda, que embrazan la piedra, la levantan, la depositan a un lado. El Caudillo cierra la mano y antes de que sus dedos se junten la palma se le llena con un puñado de la tierra que espolvorea tus restos y acude volando. Se retira el Caudillo y junto a la fosa regresa y forma la guardia de pantalón negro y camisa azul mahón, correa y pistola al cinto. Dos enterradores se arriman al borde y tienen los cabos de las cuerdas, que descienden como serpientes, reptan por debajo del féretro y ascienden por el otro lado. Tus restos suben empujados por las sogas, que escurren pausadamente entre las manos que las sujetan.

Y así, tus huesos dejan de gravitar sobre dos dinastías de reyes tan lejanos para ti como emperadores chinos y mogoles. La bandera rojinegra se descuelga del féretro y vuela en el aire hacia manos que la recogen y la pliegan. En el túmulo delante del crucero esperas a que el coro de Agustinos cante “Requiem aeternam dona eis, Domine” desde la Comunión hasta el Introito. Camisas Viejas, Palmas de Plata, Jerarquías y Dignidades toman a hombros la caja de ébano y desandan el pasillo hasta la puerta de la basílica. Franco te recibe y luego espera tu llegada, mientras el cortejo que te lleva cruza el patio de los Evangelistas y desentra del monasterio. Más allá de la puerta, Banderas, Guiones, Estandartes y Emblemas se levantan altivos a tu paso, entre estruendo de campanas y salvas de artillería que aspiran el ruido y la nube de pólvora dentro del ánima de los cañones. Las filas prietas y firmes de batallones y centurias se relajan en posición de descanso. En los montes alrededor las hogueras fulguran, la ceniza mengua, la leña medra y por fin se apaga. Vuelan las escuadrillas militares en formación hacia atrás. Los generales y los diplomáticos suben de espaldas a sus coches y de espaldas emprenden el camino de vuelta a la capital, mientras a ti te desllevan a hombros camino de Galapagar, camino de la Universitaria, camino de Aranjuez, camino de Ocaña, camino de Albacete, La Roda, Villena, camino del mar del que viniste.

Aunque ellos no saben que viniste del mar.

Diez días. Cada diez kilómetros el cortejo se detiene. Doce hombres se desarriman de las andas y emplazan a otros doce. Un jefe se cuadra delante de otro jefe, grita “¡Presente!”, y el otro invoca el nombre del Ausente. Detrás delante del cortejo, dos cruces, dos curas, media docena de faroles con cirios, con sus monaguillos. A los lados, una escolta de camisas viejas, de soldados, de guardias civiles, con los fusiles apuntando al suelo, el brazo derecho sobre la cartuchera izquierda, y el paso cansino de las procesiones.

Diez días.

Durante diez días a la niebla de la tarde sucede el sol del mediodía, y al amanecer el aguazón de la madrugada. Los hachones de pino resinoso crecen prendidos de su llama durante la noche y se apagan cuando el sol nace por el oeste. En los cerros, las hogueras hacen eco a las antorchas. El polvo de los caminos se recoge en el aire y se asienta al paso del cortejo. En las plazas, las alfombras de flores vuelven a las manos de las mujeres en forma de ramos; se arrían las banderas; se desmontan los mástiles; los albañiles reponen las entabladuras de los arcos de ladrillo con el “José Antonio, ¡presente!”; los discursos se dicen y después se escriben y se piensan; las galanuras de los balcones se lucen y se desponen. Escupen la hierba las ovejas y las cabras en los barbechos y despoblados del camino; los pastores encaraman un brazo -es la moda-, el otro sujeta el palo -como siempre-.

Al paso de los jirones podridos de tu carne, se levantan de las cunetas y las fosas los cuerpos de los rojos señalados a tu paso. Crece la cabellera rapada de las esposas, las hijas, las viudas, las hermanas, las madres de

todos aquellos que deben un paseo vengativo a los vencedores, y sus ropas se estiran, recomponen sus jirones, se desvanecen los moratones en su carne y olvidan las afrentas.

Al décimo día llega el cortejo a la ciudad roja, señalada con el estigma de haber consentido el crimen, la muerte del Ausente. El séquito se engrosa, se alarga, se detiene delante de la casa prisión que lleva el nombre de ese hombre que no es el tuyo, y se dicen más discursos, más responsos, más himnos y voces rituales. Como un hormiguero revuelto, la población amontona las aceras, proclama su dolor y contrición manteniendo el brazo en alto hasta que duela. Los marineros se petrifican cara al puerto, las sirenas de los barcos enronquecen el aire, el cortejo entra en la catedral. Allí se desnuda el féretro y las andas del paño negro que los cubre; y el hilo de oro que borda el yugo y las flechas volverá a pasar por el ojo de las agujas y se bobinará en los carretes de tantas mujeres enterradas en vida para el culto de la muerte.

Al día que precede el féretro retrocede hasta el cementerio en procesión de andas y se introduce en el nicho 513. Los cascotes y ladrillos se levantan del suelo, se ajustan entre sí, sellan el nicho. Una guardia permanente rota durante ocho meses, a la espera de que empiece la guerra, mientras las cárceles vomitan multitudes, las cunetas y los cementerios regurgitan muertos, y llega el día en que se abre el nicho nuevamente, el féretro desciende y vuelve junto a la fosa quinta, fila segunda, cuadro doce. Sacan tus huesos y te muestran putrefacto y descarnado como el odio. Miguel, el hermano del que tú no eres, atestigua y reconoce el crucifijo y las tres medallas encontrados en tu cuello. Desciendes al fondo de la fosa, y encima de ti se depositan los demás cuerpos, y encima la tierra que os entierra durante tres años, tierra que vuelve a hacerse carne, a rellenar los huesos, a dar vida a las larvas y gusanos que se extinguen. Hasta que llega el día en que los músculos rígidos se aflojan, la fosa se descubre, los cuerpos suben y vuelven a la mesa de mármol del depósito.

El sepulturero se ríe de su propio acto de justicia: como si él creyera en la resurrección de los muertos. Cambia de cuello el crucifijo y las medallas. Piensa en lo que durará la guerra, su resultado probable, ahora que el Gobierno de la República ha abandonado Madrid: siempre ganan los mismos. “Se acabó la fiesta, Negro Yomá. Se acabó la fiesta para ti y para todos nosotros, hasta para el señorito fascista”, piensa recordando el buen pasar de aquel marinero negro, su alegría con un punto de altivez para no agacharse a recoger la moneda que la mala ostia de alguno le tiraba al suelo como un hueso a un perro. ¡Qué diferentes son el abrigo del señorito y el del Negro Yomá, y cuánto se parecerán así que pase algún tiempo! El sepulturero ha visto alguna vez a un príncipe filosofar en torno a una calavera monda. Contempla los seis cuerpos que tiene que enterrar este 20 de noviembre de 1936, con especial detenimiento en el señorito fascista repeinado hacía atrás, el hijo pendenciero de un general fanfarrón, y en el Negro Yomá, sucio y desgrefñado, muerto de una borrachera mal dormida a la intemperie.

Veinte años de fiesta, Negro Yomá. Veinte años tragando fuego y escupiendo gasolina a la botella para maravilla de la gente. Veinte años disfrutando del sol hospitalario, de la tierra hospitalaria, de las mujeres hospitalarias. Veinte años, y una lista de embarque para una tripulación embarrancada, en la que -ausente- no figura el polizón pinche de cocina que dice llamarse John Moore cuando lo descubren en la bodega del barco riendo a mandíbula batiente. En buena hora arde el Tiflis en el puerto de Alicante. En buena hora varaste en esta tierra que al final de tus días te ha dado un entierro de reyes, polizón John Moore, presente.

La huelga

Patxi llevaba tanto tiempo en la empresa como **Jose Antonio** Olloquiegui, el dueño y fundador. Los dos se habían casado el mismo día para que el viaje de novios coincidiera con las únicas dos semanas que cerraba la empresa, en verano. La ceremonia había sido a la misma hora y en la misma iglesia, y habían celebrado juntos el banquete de bodas. Todo para que el uno pudiera asistir a la boda del otro. Jose Antonio se hizo cargo de los gastos de ambos, sin importarle que la factura del restaurante fuera mucho mayor que los quince días de sueldo que le escatimaba a Patxi por el permiso de boda. Porque Jose Antonio tenía tan a gala ser generoso como persona, como no despilfarrar como empresario.

Los dos fueron padres casi simultáneamente. Pero cuando Patxi enviudó, Jose Antonio siguió casado. Jose Antonio estuvo en el tanatorio, en el traslado y en el funeral de la mujer de su empleado. Y al darle el pésame, le apretó el brazo y le dijo: “*Mañana no vengas a trabajar*”.

La fábrica.

La empresa entonces no era tal, sino un taller cuyas primeras máquinas -una fresa y un torno- se habían traído de Francia por caminos que sólo conocían los mugalaris amigos de Jose Antonio. Todo eso -la fundación de la empresa, las bodas, los hijos y la viudez de Patxi- fue hace muchos años, tantos como treinta o cuarenta. Y no hace tanto ni mucho que Jose Antonio tuvo el atisbo de su vida: rentabilizar sus propios moldes estampando él mismo las piezas. Compró una nave, la amplió, compró la de al lado y la de enfrente. Y la plantilla, nosotros, creció en consonancia. Habían empezado Patxi, Jose Antonio y otros cinco. Ahora somos más de doscientos.

La empresa tiene una página web en internet. En inglés. En ella aparecen fotos de las naves. De las prensas. De alguno de nosotros, de espaldas o de lejos, también. Pero no se cuenta nada de esto, de cómo nació la Empresa ni de las vidas de Patxi y Jose Antonio. ¿Cómo lo sabemos nosotros? No por Patxi. Patxi hace mucho tiempo que apenas habla de sí mismo, de Jose Antonio y de la empresa. Desde que murió su hijo. Jose Antonio tampoco habla con nosotros, los operarios. Desde la huelga. Ni con sus ingenieros, desde la huelga también. Pero se sabe. Nosotros sabemos cómo empezó todo. Hablamos. Los más viejos les cuentan a los más jóvenes. En los quince minutos del bocadillo. Y los viernes siempre hay algunos del turno de la mañana que toman unas cañas después de trabajar, o comen juntos. Todo se sabe.

La prensa 33.

El último año, por ejemplo. No se ha hablado más que de la prensa 33. Su última adquisición. Una prensa rusa.

La máquina llegó en transporte especial desde el puerto de Bilbao, pero antes Jose Antonio tuvo que viajar a San Petersburgo para reñir, discutir y negociar con las mafias rusas el peaje que le exigían para embarcarla. Los ingenieros le decían: esa prensa solo ha estampado piccerío pequeño de kalashnikov, no es adecuada para las piezas grandes de automoción que hacemos nosotros. Jose Antonio les respondía con el enfado de un visionario al que estorban su misión. Tanto, que los ingenieros optaron por callarse y hacer lo que les ordenaba, por más disparatado que les pareciera. Tuvieron que interpretar los esquemas y los planos, traducir las instrucciones y volver a rotular encima de los caracteres cirílicos. Sí, todo estaba en ruso, en cirílico. Jose Antonio hizo excavar el foso en medio de la nave y montarla durante un plazo interminable y siempre postergado que llegó casi al año. Él mismo se echó más de una vez al agujero, al vientre de la máquina, como quien asalta una trinchera desesperado, para desazón de los electricistas y mecánicos que trabajaban allí abajo. Y los ingenieros, en cuanto él se daba la vuelta, movían la cabeza pronosticando la ruina de la Empresa.

Cuando la prensa arrancó y Jose Antonio se convenció de que nada de lo que fabricábamos para Volvo, Renault, Volkswagen y Valeo cabía en aquella prensa, envió al Director Comercial de ronda por los clientes en busca de piezas del tamaño adecuado. Al final, lograron algún contrato y la máquina llevó una vida aceptable. Esta es la historia de la prensa 33.

La prensa 17.

El hijo de Patxi fue uno de aquéllos que había conocido el viejo taller y las nuevas naves. Por poco tiempo. El hijo de Patxi era un ajustador con buen ojo, que sabía interpretar los defectos del troquel en su huella estampada. Un día, mientras aprovechaba un parón de mantenimiento para retocar la matriz sin sacarla de la prensa, el troquel bajó y le aplastó la cabeza.

Fue una imprudencia del chico, que por no perder tiempo rodeando la prensa, alargó la mano y metió el cuerpo por debajo para coger la maza que estaba al otro lado, dijo el juez después de tomar declaración al electricista que reparaba la prensa, al encargado y al operario que trabajaba en ella. Al funeral asistió toda la plantilla y Patxi volvió al trabajo después de los cuatro días reglamentarios que establecía el convenio. Desde entonces, ningún troquelista ha vuelto a dejar la maza al otro lado de la prensa. Desde entonces hasta hoy, todos los días, en su turno de mañana o tarde o noche, Patxi ha estado pasando por delante de la prensa 17, una prensa gris y caqui que el amo mandó repintar de azul, como todo el taller después del accidente, y arrinconar más tarde en una esquina, donde sólo se utiliza para recuperaciones de series cortas de piccerío pequeño. Ésta es la historia de la prensa 17.

No hizo falta nunca preguntarle a Patxi que haría cuando saliera de turno: después de la muerte de su hijo, en su vida había entrado una nieta que al poco era doblemente huérfana y quedaba para siempre a su cargo. Llegamos a conocerla bien un verano cuando, ya crecida, vino a ayudar al almacén limpiando de aceite piezas devueltas para volver a soldarlas. Y después, cuando comenzó el curso y dejó de trabajar, la volvíamos a ver de vez en cuando esperando a su abuelo a la salida del turno con el único coche que tenían para los dos, un Ford Fiesta con casi tantos años como la mocita. Todos la saludábamos al salir. Los jóvenes, porque era muy guapa, y los demás y todos, porque sabíamos la historia de su padre en la prensa 17.

Él y nosotros.

Cada año, antes de Nochebuena, Jose Antonio invitaba a toda la plantilla a comer, y aquella fiesta duraba hasta la madrugada y más allá. Al principio, cuando la empresa era pequeña, apenas reservaba más que una mesa. Pero en las últimas que se recuerdan, el restaurante cerraba sus puertas para la comida de Estampaciones Olloquiegui.

Aquel espíritu navideño y de familia huyó de la empresa con la primera huelga. Tampoco fue una gran huelga, pero fue la primera. Sólo paró el turno de la mañana, y cuando el Director de Fábrica vio que el turno de la tarde seguía el mismo camino, llamó a Jose Antonio, que estaba en Italia negociando piezas, para que autorizara la rendición. Jose Antonio nunca perdonó. Y a quien menos, a los que con él habían empezado a trabajar en el pequeño taller treinta años antes.

Ninguno de nosotros sabría decir si Patxi había participado o no en aquella huelga. Si lo hizo nadie se fijó en él, porque Patxi es como un contenedor azul lleno de piezas, invisible en una nave donde se apilan a centenares a cada lado de los pasillos y en los espacios entre las prensas y los robots de soldadura. Es seguro que Patxi no levantó la voz en la asamblea, ni siquiera para comentar con los de al lado, puesto que callaba incluso cuando se sentaba entre nosotros a la hora del bocadillo, todos apretujados en las mesas de a seis. Su puesto de trabajo no era crítico, no importaba para el éxito de la huelga. Él era un operario viejo a punto de jubilarse al que rara vez enviaban a las grandes prensas, las *transfer*, las que trabajan veinticuatro horas siete días a la semana y no interrumpen su golpeteo ni a la hora del bocadillo. Prensas en las que al cabo de la jornada hay que mover miles de kilos con los brazos, y Patxi ya había pasado por varios

episodios de ciática y un comienzo de hernia discal. Tampoco le resultaba fácil interpretar las hojas de instrucciones, llenas de cotas y números: tenía que quitarse los guantes para sacar las gafas de leer, que al poco de puestas se ensuciaban del aerosol de aceite que escupía la prensa a cada golpeteo. Y le ponía nervioso la pantalla del ordenador donde tenía que meter la referencia, el lote, las piezas fabricadas y las rechazadas. Lo suyo era encontrarlo ayudando en el almacén, o barriendo, o quizás recuperando lotes defectuosos en las viejas prensas manuales. Aunque nunca en la 17. Nunca se le puso a trabajar en aquella máquina, que seguía allí, arrumbada en una esquina de la nave, pintada de azul como si una mano de pintura la absolviera de su culpa.

A Jose Antonio la empresa se le había hecho demasiado grande. Ahora había un Comité, delegados, sindicatos, y muchos más operarios de los que él podía recordar por su nombre. Sus clientes eran inaccesibles para él, que no hablaba más idiomas que el francés de los contrabandistas y algo del euskera de sus padres. Y los que hablaban castellano, utilizaban una jerga en la que él se desenvolvía a duras penas. Su empresa estaba en manos de ingenieros y de un Director Financiero que siempre le estaba advirtiéndole que fuera prudente. Los necesitaba a todos, pero no confiaba en ninguno. Y guiándose por su instinto, todos los años cortaba alguna de aquellas cabezas bien preparadas. Director Comercial, de Calidad, de Ingeniería, de Fábrica, todos eran recibidos con entusiasmo, pero pronto comprendían que su continuidad allí no dependía de una estimación objetiva de su desempeño. Su modelo de gestión era el de un Presidente de Club de Fútbol, cargo al que había aspirado alguna vez con el equipo de su ciudad: si algo no funcionaba, cambiaba al entrenador.

Jose Antonio se sentía sólo. A veces, cuando paseaba por las naves entre el golpeteo rítmico y atronador de las prensas y los chispazos de los robots de soldadura, se encontraba con Patxi o alguno de sus tiempos jóvenes, y le entraban ganas de acercarse y hablar de los viejos tiempos. Pero se acordaba de la huelga, se acordaba de cómo se habían reído todos de él, jóvenes y viejos, ingenieros y operarios, por su empeño en arrancar aquella prensa rusa que casi le arruina, y apretaba los dientes y los puños y se recordaba a sí mismo que él era el amo.

“*Ha cambiado*”, decían los más veteranos, y nos hablaban de alguien afectuoso, efusivo a su manera, que se arrimaba a las máquinas hasta donde llegaban las salpicaduras de aceite. Pero los que no lo habíamos conocido antes, sólo veíamos a un viejo que salía como un toro de toriles por la puerta de la oficina al taller, caminaba por los pasillos sorteando las carretillas y los contenedores apilados, y se plantaba delante de tu máquina, a tus espaldas, durante minutos, absorto en la contemplación del poderío de sus prensas y troqueles. ¡Ay como te pillara fumando, o viera una mancha de aceite en el suelo! No llamaba al encargado para que te echara el chorreo, lo hacía él mismo, con una voz de pito, ridícula, pero que a nadie daba risa.

Seguía con la querencia del taller. Sus ingenieros tenían todos despacho y secretaria. Él no. Él llegaba de buena mañana, colgaba la cazadora en el perchero de la sala de visitas, se ponía la blusa azul y bajaba al taller. Nunca daba los buenos días. Nunca los había dado, y menos ahora que todos éramos sus enemigos.

Poco antes de expirar los cuatro años del convenio firmado bajo la coacción de aquella huelga, se empezó a percibir que Jose Antonio preparaba la batalla. Las primeras conversaciones entre el Comité y la Dirección mostraban, más que posiciones encontradas, la voluntad de la empresa de situarse y ganar tiempo. Mientras tanto, los stocks crecían día tras día. Jose Antonio había alquilado una nave a doscientos metros de la fábrica, y había matriculado un par de carretillas con sus correspondientes luces destellantes naranja para que circularan por la vía pública. El resto de habituales de aquel polígono industrial se fue acostumbrando a ver transitar a cualquier hora los contenedores azules rebosantes de piezas de Estampaciones Olloquiegui, desde la fábrica donde las prensas golpeaban cadenciosamente noche y día hasta la nave donde Jose Antonio se preparaba para resistir el asedio.

Y ahora comienza la historia de **la prensa 29**.

Sólo había un grupo de piezas de las que no conseguían hacer stocks: los *Manifolds* para Volvo. Eran cinco referencias, y todas partían de un mismo conjunto intermedio que se cortaba y estampaba en un solo proceso *transfer* en la prensa 29, la única que podía abastecer el plan de producción diariamente actualizado desde Suecia. Adaptar el troquel a cualquier otra prensa requería semanas de trabajo, y ninguna tenía capacidad suficiente –no eran *transfer*– ni trabajando los tres turnos sin interrupción siete días a la semana.

La batalla se centró allí. No llegaban a media docena los prensistas capacitados para aquella máquina. El Comité de Empresa comenzó a presionarlos. Suavemente, el ritmo de producción bajó en lugar de subir. Un par de oportunas bajas por enfermedad abrieron un boquete en los siete días de trabajo semanal, y los encargados de cada turno tuvieron que ponerse en la prensa durante el fin de semana. A Patxi le dijeron que viniera. Tenía que aprender.

Jose Antonio pasó por la fábrica el sábado por la mañana. Patxi quiso decirle que él ya había cumplido la edad para jubilarse, que había estado de baja por ciática, y que por qué le hacía venir a una prensa que era para jóvenes. Pero Jose Antonio le dio una palmada en la espalda, le preguntó por la nieta –“*Está estudiando, a punto de acabar. Si aprueba los exámenes que tiene ahora, me jub...*”–, y se marchó sin ver la sonrisa que empezaba a abrirse en la cara de Patxi.

La batalla siguió dos semanas más. Durante veintidós días, Patxi sólo tuvo descanso dos domingos. De lunes a viernes Patxi tenía que estar al quite del prensista de la 29 para suplirle cuando iba al baño, cuando paraba a los quince minutos del bocadillo o, como volvió a ocurrir otra vez, si alguno cogía la baja inesperadamente. La espalda le dolía, a la ciática la resistía a base de voltarén. Sus torpezas con el ordenador ya no le importaban nada, y en cuanto a la hoja de instrucciones, ya no necesitaba leerlas: se las sabía de memoria, porque no hacía otra cosa que estampar *Manifolds* cuando soñaba, cuando se levantaba y cuando se acostaba. La máquina le torturaba, pero lo que peor llevaba eran las visitas de Jose Antonio durante la mañana de los sábados. Desde su puesto en la prensa 29, cuando se giraba hacia el pasillo central, veía la silueta del amo recortarse contra la mancha azul de la prensa 17, al fondo, arrinconada. Patxi se sentía un troquel viejo y machacado al que le estaban pidiendo una serie demasiado larga. Quería llegar, quería llegar al final. Pero presentía que se iba a quedar gripado de un momento a otro, y que, como se hace con el utillaje averiado que ya no se repara, lo sacarían a golpes de maza de la prensa para desecharlo. Como cuando al chaval le bajó la prensa, sacando un troquel viejo que no servía para nada.

Ocurrió tras una asamblea a la hora del bocadillo. Patxi no asistió porque su cometido era relevar durante esos quince minutos al prensista de la 29. Cuando por fin pudo sentarse a descansar en las mesas vacías, entre migas y restos, se dio cuenta de que había empezado la huelga porque sólo una máquina golpeteaba rítmicamente. El resto –prensas, soldaduras– había enmudecido.

Se había dormido. En menos de quince minutos se había quedado dormido, con el bocadillo a medio terminar. Dio un respingo cuando el carretillero le tocó en el hombro y le dijo que le esperaban en la puerta. Aquéllos de nosotros que estaban apostados en la entrada de la nave, vigilando la marcha de la huelga, vieron como la nieta se abalanzaba para abrazarle, y que él extendía los brazos para que no se arrimara y se manchara de aceite. Y mientras ella gesticulaba y reía y él encendía el cigarrillo de un hombre satisfecho, por el pasillo de la nave venía el encargado para requerirle que acudiera de nuevo a la prensa 29. Sólo entonces, al escuchar al encargado, cayó en cuenta que era la 29 la única prensa que golpeaba, y que el prensista al que él había sustituido a la hora del bocadillo estaba allí, en el grupo de los nuestros que vigilaba en la puerta.

Nos miró como si no nos hubiera visto nunca junto a él todos los días del año. Miró a su nieta como si ella le trajera la vida en una fiambrrera. Y le dijo al encargado: “*Ya voy, ya. Déjame fumar el cigarrillo. ¿Quién está en la prensa?*”. “*Jose Antonio*”, le dijo el encargado. “*Joder*”, dijo Patxi.

Patxi tiró el cigarrillo. Se despidió de la nieta, miró al grupo y siguió al encargado. A la altura de los vestuarios, le dijo: “*Espera, voy a mear*”. Cuando salió, llevaba puestos ya los guantes de trabajo y los protectores acústicos a lo mickey mouse.

Nosotros estábamos a unos metros de la 29, mirando entre rabiosos y divertidos como el amo pilotaba su propia máquina, aceitando el troquel cada doscientos golpes, sacando las piezas de la rampa de salida y apilándolas en el contenedor. Tenía nervio, el cabrón, con sesenta y cuatro años.

Patxi nos miró. Uno de nosotros amagó un silbido antes de que otro le dijera “*Déjalo*”. Patxi entró en la zona de trabajo y tocó en la espalda a Jose Antonio para advertirle que ya estaba allí. Jose Antonio se volvió, salió y se encaró con nosotros: “*¿Qué hacéis aquí? ¡No os quiero en mi casa! Si no servís para trabajar, no os quiero en mi casa. ¡Marchaos!*”. Unos amagamos hacia el vestuario y otros salieron por la puerta de atrás de la nave, por donde los camiones de chapa. Nadie quiso pasar a su lado.

Una prensa golpea a una cadencia de entre trece y veinticuatro veces por minuto, según el troquel y el tipo de chapa. El golpe de la prensa hace vibrar las mesas de la oficina, estorba las conversaciones en cualquier parte de la fábrica y se siente desde los pies a la cabeza. Los prensistas y troquelistas adivinan desde fuera de la nave qué prensa está trabajando y qué pieza está estampando. Incluso pueden adivinar si la prensa acusa ya algún pequeño desajuste o si el troquel requiere un repaso de mantenimiento. Por eso, cuando sonó aquel golpe, todos se volvieron. Y cuando sonó el segundo, más discordante que el anterior, corrieron hacia ella. Para cuando llegaron, Patxi ya había parado la máquina y estaba tirando los guantes y los protectores acústicos sobre la mesa de anotaciones.

Jose Antonio se abalanzó sobre el troquel. Un mango de madera sobresalía de la mesa, sobre la matriz, partido y astillado. El troquel, en sus dos últimos vaivenes, no había golpeado la chapa de acero galvanizado de dos milímetros de espesor que fluía del rollo a la derecha de la prensa, sino la cabeza de acero macizo de una maza, grande como dos puños, de las que se usa para desencajar el utillaje. El troquel estaba destrozado. No habría *Manifolds* durante muchos días.

Jose Antonio se volvió, todos nos volvimos buscando a Patxi. Estaba al fondo de la nave, con su buzo azul, sentado sobre un contenedor azul, fumando un cigarrillo, la cabeza baja echada hacia adelante, mirando al suelo, junto a **la prensa 17**, pintada de azul.